AÑO I BUENOS AIRES, Miércoles 17 Marzo de 1926 No. 38

EL REPARTO DE SIVA
Siva, que manda al
(hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos
y hace que sople el
(viento,
sentado en el umbral de
(un claro día,
ha de ello mucho tiem-
(po,
repartió su porción a
(cada uno.

Crítica para los Niños

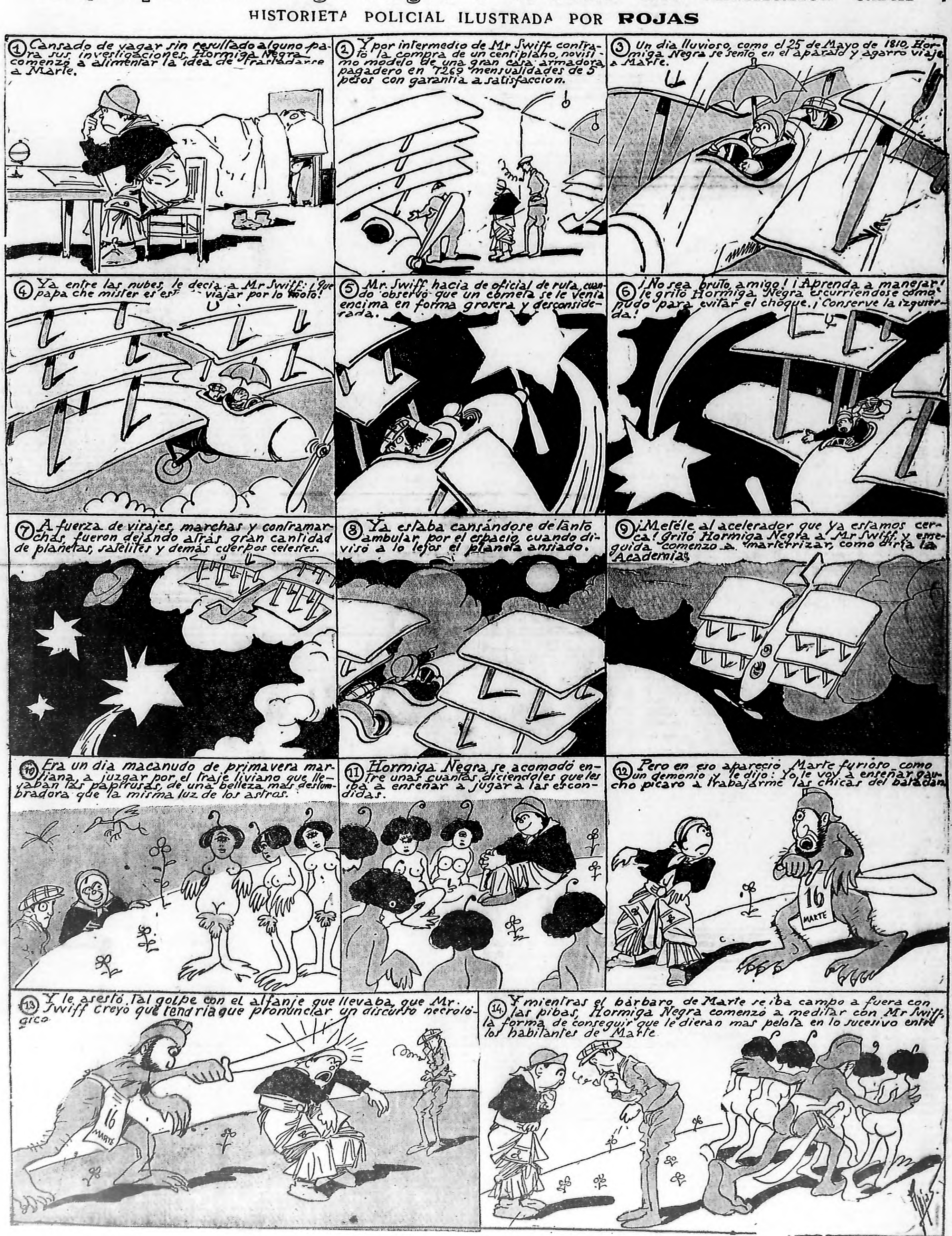
Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que en el
(gudde se reclina,
al pobre pordiosero.
H[illegible]lo todo Siva, el que
(protege,
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello,
(al buey forraje,
y a ti, mi niño, por co-
jín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR ROJAS



EL CINEMATOGRAFO DE MONTMARTRE

Por MARTIN SWAYNE

El coronel Wedge era un soltero pacífico y de buen carácter. Si había algo que parecía distinguirlo del tipo corriente de los oficiales retirados británicos, era su gran anchura de hombros. Tenía más de cincuenta años, pero todavía se encontraba vigoroso y ágil. Al día siguiente de su llegada a París, adonde había ido para estar una semana, almorzó a las nueve y pasó la mañana en visitar algunos sitios públicos interesantes. Tomó el "lunch" en un restaurant junto a la Porte Saint-Martin, donde se encontró en una atmósfera típica parisiense, y, después de fumar un cigarro, empezó a vagar a lo largo de las calles. La casualidad dirigió sus pasos hacia el norte, y a eso de las tres de la tarde se hallaba en el distrito de Montmartre.

Iba caminando a la ventura, con las manos cruzadas a la espalda, mirándolo todo complacido.

Al pasar por una calle lateral, su vista cayó sobre un cartel de vivos colores que estaba junto a la puerta de una exhibición cinematográfica. El coronel no era adverso a esos espectáculos, y se le ocurrió que quizás aquí podía ver algo fuera de lo ordinario. El cartel era ciertamente incitante. Representaba a un hombre atacado por serpientes, y Wedge entendía bastante francés para leer la nota que estaba debajo, la cual decía que la representación era absolutamente a lo vivo, y que la escena de la agonía resultaba una obra maestra.

—Serpientes de cascabel — murmuró Wedge, contemplando el cartel. — Es maravilloso lo que hacen en materia de películas hoy día. Por supuesto que les habrán sacado las glándulas del veneno.



Todos gritaban y gesticulaban alrededor de Wedge, acercándole los puños a la cara

Se detuvo un corto rato estudiando el cartel, que era muy realista, y por fin se decidió a entrar. Se acercó a la boletería y pagó la entrada.

Evidentemente el establecimiento no era de primer orden. Un par de míseras tabernas lo flanqueaban de cada lado, y laboletería parecía ser una garita vieja con un agujero abierto en la parte posterior.

Wedge tomó su entrada y lanzó una mirada a la calle. Era un día de brila boletería parecía ser una garita vieja calzada angosta se divisaban las blancas cúpulas del Sagrado Corazón, que se elevaba con el aspecto de un palacio oriental. Había poca gente en los alrededores y las tabernas estaban vacías. Un rayo de sol cayó sobre el cartel del hombre en lucha con las serpientes y el coronel lo miró otra vez.

Aquello lo atraía de una manera misteriosa, probablemente porque las cuestiones de historia natural le interesaban.

—Parece que está en una especie de hoyo — pensó. — De otra manera él podría correr. Es verdaderamente del natural.

Se volvió con la entrada en la mano. Un hombre que estaba delante de una cortina de felpa descolorida le hizo seña y Wedge pasó de la brillante luz del día a la obscuridad detrás de la cortina.

No podía ver nada. Alguien lo tomó del brazo y lo condujo hacia adelante. El coronel se esforzaba por ver, pero la obscuridad era completa. En cierto sitio, a su izquierda, oía el ruído producido por la máquina cinematográfica.

El que lo llevaba de la mano lo guiaba suavemente, y tenía él la impresión de caminar en una curva. Pero parecía una curva extremadamente larga. Como no sabía hablar francés, no podía preguntarle cuánto más tenía que andar. Sintió de una manera vaga que había gente a su alrededor, muy cerca de él, y dedujo naturalmente que estaba bajando a la sala donde continuaba el espectáculo.

¿Pero dónde estaba la tela del cinematógrafo?

No veía ni un rayo de luz. Ante él había una obscuridad impenetrable, que parecía pesar sobre sus párpados como un lienzo. De repente la mano que le agarraba el brazo se soltó y Wedge se detuvo, pestañeando.

—Oiga — dijo con cierto tono de irritación — ¿dónde estoy?

Pero no hubo respuesta. Esperó, escuchando. No oyó nada. El ruido del cinematógrafo no era ya perceptible.

En su gran perplejidad, alargó el brazo y dió un paso hacia adelante. Su pie extendido descendió sobre... el vacío.

Wedge cayó hacia adelante lanzando un grito agudo. Su caída fué breve, pero le pareció sin fin. Tocó el piso, arrastrándose sobre algo suave. Antes de que pudiera moverse, lo agarraron y lo mantuvieron boca abajo con la cara apretada contra la masa suave que él percibió como un montón de almohadas. Un olor sofocante y acre invadió su nariz y gradualmente fué perdiendo el conocimiento.

Cuando el coronel Wedge volvió en sí se encontró en una pequeña pieza alumbrada con una lámpara de aceite que colgaba de la pared. Yacía sobre un montón de almohadas, atado de pies y manos. Al principio miró con asombro vagamente hacia arriba. Directamente sobre su cabeza había una marca circular en el techo. Llegó a sus oídos sonido de voces, y, mirando alrededor, vió un grupo de hombres que hablaban en una mesa cercana.

Co nasombrose rapidez le volvió la memoria. Miró otra vez al techo. No había duda de que la marca circular era el contorno de la trampa por la cual había caído. El no intentó luchar, sino permaneció pasivo, escudriñando en su mente para hallar una explicación de su estado.

Los hombres sentados a la mesa conversaban en voz alta, pero hablaban en francés y él no podía entender lo que decían.

Los miró con más detención. Cinco de ellos (eran media docena) estaban vestidos con ropas ordinarias y llevaban al cuello pañuelos azules o colorados; pero uno de ellos era de tipo diferente, y parecía un hombre de negocios acaudalado. Era el orador y el jefe del grupo, y Wedge notó que tenía cara de hombre enérgico, pero malvado. Hablaba de prisa, señalando de cuando en cuando con la cabeza hacia el montón de almohadas y empleando ademanes violentos. De vez en cuando daba en la mesa grandes golpes. Por fin, se levantó y atravesó la pieza.

—Me llamo Dance, — dijo al coronel. Y sujetando el cigarro que fumaba, en un extremo de la boca, continuó hablando entre dientes. Soy inglés de nacimiento y me gustan, naturalmente, mucho mis compatriotas. Por eso está Vd. aquí. Vd. es justamente el hombre que necesitaba, y cuando lo ví mirando aquel cartel, me felicité por el hallazgo. ¿Qué le pareció a usted? Bien ¿no? Lástima que no viese usted la película.

El hombre se sonrió entre dientes.

Wedge lo miró con fijeza y no respondió. El otro se encogió de hombros y alejóse. La discusión del grupo continuó un poco más y luego los seis hombres salieron de la pieza.

Wedge esperó hasta que el ruido de sus pasos se hubo extinguido en el corredor y entonces se incorporó. No se pudo poner en pie, por la manera como estaba atado. Miró alrededor con ojos penetrantes. Había solamente una puerta y no había ventana. Las paredes eran de ladrillo áspero y, evidentemente, el sitio era una especie de sótano. Fuera de la mesa y de las sillas no se veía ningún mueble. El piso de piedra estaba mojado y Wedge podía oir en un rincón oscuro el murmullo del agua. Después del primer escrutinio de su prisión, se echó hacia atrás de nuevo en las almohadas y procuró pensar. No oía ningún ruido del tráfico o de pasos de la calle y supuso que sería inútil gritar. Excepto el murmullo del agua y el chisporroteo momentáneo de la lámpara, aquel sitio estaba absolutamente silencioso.

La atmósfera era pesada y densa. La llama de la lámpara se fué achicando y, por último, expiró. Wedge quedó en la obscuridad, con los ojos abiertos, escuchando los latidos de su corazón. Tenía sed. Su garganta estaba seca, le dolía la cabeza, las cuerdas que le rodeaban muñecas y pies se le introducían en la carne. Hizo varias tentativas desesperadas para romperlas, pero todas en vano.

¿Con qué intención lo tenían así? ¿Se trataba simplemente de robarlo? ¿Por qué estaba preso? Le pareció que pasaba una eternidad. En su desesperación, trató de dormir; pero la pregunta de por qué estaba en aquella prisión, se repetía, haciendo el sueño imposible.

Wedge era un hombre de valor probado, pero había algo siniestro en su posción que le hacía correr por la espalda estremecimientos desagradables. La trampa, el cloroformo, las cuerdas, el grupo de los hombres de mal aspecto, no eran incidentes tranquilizadores. Además, el aislamiento en la completa obscuridad con el monótono murmullo del agua, lo ponía nervioso.

Pasó una hora y Wedge hizo otra violenta tentativa para libertarse.

Ante sus ojos cerrados vió sábanas de llama roja. Pero sus esfuerzos eran inútiles. Completamente exhausto permaneció de nuevo quieto, mirando hacia arriba.

Por un engaño de la visión, quizá porque el fuerte sol había hecho más intenso el colorido del cartel mientras lo estaba mirando, vió una figura sombreada del hombre que luchaba por su vida en el pozo lleno de serpientes de cascabel, danzando ante él en la obscuridad. Pensó con horror que pasaría algún tiempo antes de tener el gusto de ver la representación de aquella película: quizá no la vería nunca. Esto último era lo más probable.

No era de esperar que lo dejasen libre, porque su libertad significaría el arresto de los secuestradores.

—Ellos me han aprisionado para algo. —murmuró.— Pero sabe Dios cuál es su propósito. No puede ser simplemente el robo. No sacan nada con asesinarme. Yo no soy ninguna persona de importancia, así es que no veo el objeto del secuestro. Su manera de obrar me confunde, a menos que no me hayan tomado por otro.

Unos pasos fuera interrumpieron sus reflexiones. Oyó abrir la puerta. Algo que sonaba como un plato fué puesto en el suelo y los pasos se alejaron en el corredor. Pasados unos minutos, se oyeron otra vez y apareció una luz en la puerta. Entró un hombre con una vela. El coronel Vedge consideró que la intención de sus apresadores era hacerle tomar algún alimento y decidió que tomarlo sería lo más acertado. No había ninguna razón para que se debilitase por la abstinencia. Se sometió a ser alimentado por su cerebro y bebió con ansiedad el vino agrio y rojo que le ofrecía. Cuando se concluyó la comida, lo dejaron otra vez solo, pero la vela quedó colocada en la mesa.

Observando la proporción en que la vela se extinguía, Wedge tuvo alguna idea del transcurso del tiempo. Por un cálculo basado en el número de los latidos de su corazón, que eran normalmente 60 por minuto, dedujo que la vela duraría cerca de cuatro horas. En realidad, la deducción de Wedge era errónea. La vela ardió tres horas. Wedge ignoraba que su corazón daba ochenta latidos por minuto. Parecía que habían pasado meses cuando la vela arrojaba sus últimos destellos. El coronel fijó su mirada en las paredes, en los ladrillos sin revoque y en la trampa del techo. Cerró los ojos y procuró dormir. Se incorporaba a intervalos y miraba a su alrededor. Daba vueltas de un lado a otro; pero nada le ayudaba a hacerle el tiempo más corto y cuando se quedó de nuevo en la obscuridad sintió, por primera vez en su vida, cuán fácil era volverse loco.

El ruido de unos pasos lo sacó de un estado de amodorramiento. La puerta se abrió de repente y una linterna brilló ante los ojos de Wedge. Los hombres que habían estado sentados a la mesa, volvían. Dos de ellos cortaron las cuerdas que apretaban sus tobillos y lo pusieron de pie. El se mantenía así con dificultad, pues tenía las piernas dormidas.

Dance, el hombre que le había hablado anteriormente y cuya mala cara le había causado impresión, se sentó a la mesa, y Wedge fué colocado ante él.

—¿No habla usted francés? — preguntó.

—No.

El hombre movió la cabeza y jugó con un grueso anillo de oro que adornaba uno de sus dedos. Tenía los ojos fijos en la cara del coronel.

—¿Para qué estoy aquí? — preguntó éste con tranquilidad.

—Usted lo verá pronto.

—¿Quieren ustedes mi dinero?

—Lo hemos tomado ya.

Ambos se miraron con fijeza. Los demás que estaban en el sótano manifestaban cierta agitación. No parecían estar tan seguros de sí mismos como el hombre de la mesa.

—¿No es usted un oficial inglés?

—Sí.

—¿Y ha peleado usted alguna vez?

El coronel se encogió de hombros y no dijo nada. Rehusaba someterse a un interrogatorio por parte del bandido.

—Muy bien, — dijo el hombre. — No se irrita. Le prometo que ha de ver alguna lucha más antes de morir.

Algo en la expresión del hombre hizo dar un paso precipitado a Wedge hacia la mesa.

—¿Qué significa eso? ¿Va usted a matarme?

No hubo respuesta; pero el silencio era suficiente. Wedge fué deponiendo poco a poco su actitud.

—¿Es dinero lo que ustedes quieren? — preguntó después de una pausa.

—¿A qué viene ofrecernos dinero? Una vez que saliese usted de aquí nos entregaría a la policía. Sí, nosotros queremos dinero, pero no de usted.

Un pensamiento dominó la mente de Wedge. Era claro que la situación no reclamaba un heroísmo innecesario. Si algo podía proporcionarle la fuga, estaba perfectamente justificado hacer uso de ello.

—Le voy a dar mil libras y prometeré no poner el asunto en manos de la policía — dijo.

—¡Ofrece dinero y da su palabra de honor de no decir nada a la policía!— exclamó el hombre, mirando a los otros que estaban detrás de Wedge.

Hubo un estallido de violenta oposición. Estaban terriblemente excitados. Todos gritaban y gesticulaban alrededor de Wedge, acercándole los puños a la cara. El permanecía impasible en medio de ellos, maniatado. ¿Qué significaba este alboroto? ¿Por qué brillaban los ojos de aquellos hombres tan extrañamente?

—Dos mil libras, — dijo Wedge con firmeza.

—¡Imposible! — repuso el hombre saltando de la mesa. — Todo esto es perder tiempo.

Tomó la linterna y salió. Los otros, empujando a Wedge hacia adelante, siguieron. Pasaron por un largo corredor de piedra, bajaron unos escalones estrechos y se pararon delante de una puerta de hierro. Wedge oyó sonar unas llaves, el crujido de una cerradura mohosa y la puerta se abrió. El interior estaba obscuro.

Dance se detuvo junto a la puerta, con la linterna levantada. Obedeciendo a una breve orden, las manos de Wedge fueron desatadas.

—Entréguele el palo.

Le pusieron en las manos un fuerte garrote de madera retorcida, con una cabeza pesada. Pero Wedge era hombre de acción y vió como un rayo que si había de escapar a su destino desconocido, la oportunilad era ésta.

Ellos trataban de hacerlo pasar por la puerta del interior obscuro.

—¡Pronto! ¡Es peligroso! — exclamó en francés el hombre de la linterna.

Pero Wedge fué bastante rápido. Revoleó el garrote con ligereza y la lámpara cayó hecha añicos. En un instante fué agarrado por media docena de manos. Luchó con todas sus fuerzas, más los hombres se prendieron de él de una manera terrible y, poco a poco fué empujado hacia adelante. No tenía bastante espacio para manejar su maza. La soltó, usó de los puños y más de una vez golpeó las paredes de piedra en la confusión de la lucha en la obscuridad. Luego, uno consiguió agarrarlo por el cuello, mientras los otros le retenían los brazos y fué lanzado hacia atrás. Wedge sintió el rechinar de la puerta de hierro y quedó jadeante en el suelo.



Al momento apareció un gran animal amarillo que se detuvo parpadeando por la fuerte luz

De repente una luz blanca, deslumbradora, cayó sobre él. Se tambaleó y miró a su alrededor, protegiéndose con las manos los ojos contra aquel resplandor que cegaba. Estaba en un espacio circular limitado por muros lisos y blancos. En el suelo había arena.

Sobre él ardían media docena de lámpara de arco, cuyos brillantes rayos eran proyectados directamente hacia abajo por discos de metal. La parte superior de aquel lugar quedaba en sombra, pero él podía distinguir un balcón de hierro que corría en parte alrededor de la pared, a cerca de cinco metros por encima del piso cubierto de arena.

El coronel Wedge aproximóse a la pared y empezó a examinar su superficie. Era lisa y parecía estar hecha de hierro plateado. El contorno de la puerta por la cual había sido empujado, era en un lado visible; pero enfrente aparecía el contorno de otra puerta. Wedge se dirigió a ésta. Era también de hierro como la escructura que la rodeaba, y al parecer se abría hacia afuera. El la empujó, pero estaba cerrada.

Un sonido de algo que caía al suelo, le hizo dar vuelta. Habían tirado el garrote abajo desde la plataforma de hierro superior. Mirando arriba, vió confusamente varios rostros que lo estaban observando y también un par de aparatos de forma de caja, uno en cada extremo de la plataforma. Era difícil ver con claridad, siendo muy intensa la luz de las lámparas de arco. Miró con fijeza hacia arriba, haciéndose pantalla a los ojos, y, de repente, distinguió lo que era naquellas cajas. Un par de máquinas cinematográficas estaban dirigidas hacia el piso bajo.

Hasta entonces no se dió Wedge cuenta exacta de su situación. La figura del hombre que luchaba con las serpientes de cascabel se explicaba así bien. Recordó el pozo; caminó hacia el centro y se paró con los puños cerrados. Este era el pozo. ¡El espectáculo era completamente del natural!

Se agachó y recogió el garrote. De todos modos, contra lo que se le presentase debía combatir..

Mecánicamente se puso a observar la segunda puerta. Por esa puerta tenía que venir la amenaza de muerte.

Arriba en la plataforma, los hombres cuchicheaban.

Su cerebro estaba claro y se sentía tranquilo. Sabía que lo que saliese por aquella puerta era con la intención de matar, y comprendía, también, que los espectadores no deseaban que él triunfase. Entonces no sería combate lindo. En aquellos momentos de suspensión, pensaba en lo que iba a suceder con un propósito deliberado. Ellos no repetirían la figura de las serpientes de cascabel. Aquello había tenido ya su víctima. En este circo, un hombre había representado el papel del miedo con maravilloso realismo... Quizá más de uno también.

Con el palo en la mano bien agarrado, y la mano que tenía libre en el bigote, el coronel Wedge esperaba con los ojos fijos en la puerta.

—¡Ah, me parece que usted comprende ahora! — dijo una voz que salía de las sombras de arriba. — Tenemos la esperanza de que ésta sea una hermosa película, la más linda de la serie que hemos hecho hasta ahora.

Wedge no movió un músculo.

—Confiamos en usted para que haga lo mejor que pueda por nosotros.

En el fondo de su corazón, el coronel hizo el voto de que si conseguía salir vivo de allí, mataría a Dance.

Siguió una risa ahogada y después silencio, no oyéndose sino el zumbido de las lámparas de arco.

Luego el coronel sintió un pequeño ruido. Las máquinas cinematográficas habían empezado a funcionar.

—¿Está preparado?

Wedge tomó aliento lentamente. La puerta se abría. El vió un boquete negro que se ensanchaba en la blanca pared circular. La mano que tenía en el bigote cayó a su costado. Levantó la maza un poco y los músculos de su brazo derecho se pusieron rígidos. Poco a poco sin un crujido, la puerta se movió hacia afuera hasta que estuvo completamente abierta.

Por unos segundos no apareció nada. La suspensión se hacía insoportable, y Wedge pensaba precisamente acercarse, cuando vió una forma confusa, que se movía en el fondo del obscuro interior. Al momento apareció un gran animal amarillo que se detuvo parpadeado por la fuerte luz. Wedge, reconoció la cabeza chata y las orejas levantadas. La puerta rechinó tras la fiera.

—Es un puma—murmuró con los ojos fijos en el animal, y una chispa de esperanza ardió en su corazón. Había peores fieras que los pumas para combatir así, y él conocía algo de lo caprichosa que es esa fiera.

Había alguna posibilidad de salvarse. Sus pensamientos cesaron bruscamente. El animal se movía. Deslizábase sobre el vientre contra la pared, y empezaba a dar vueltas con lentitud.

Wedge se volvía según se iba moviendo el animal siempre de cara a él. El puma aceleró su paso con un trote, y mientras corría, miraba sólo de cuando en cuando al hombre que estaba en el centro. Parecía interesarle más la pared. Por momentos alargaba la cabeza y atisbaba hacia arriba.

En su quijada flaca y blanca y en sus ojos amarillos no había señal de odio por el momento. De repente se detuvo y escuchó. El ruido del cinematógrafo lo atraía. Se encaramó contra la pared, desgarrando la pintura. Luego se acurrucó sobre sus ancas, dando la espalda a Wedge y fijó los ojos en la plataforma de arriba.

El pesado y fétido olor del animal llenaba el aire. Wedge se estiró un poco, pero el puma oyó el movimiento, pues miró alrededor con rapidez. Procedía como si lo hubiese visto por vez primera, y empezó de nuevo a caminar paso a paso alrededor, echándole ojeadas. Hizo una parada junto a la puerta por la que había aparecido y se tendió, con las garras desplegadas, vigilando a Wedge. Este percibió el brillo de sus ojos y permaneció quieto, pues al menor movimiento el animal estremeciase.

Hasta ahora el coronel no leía nada vengativo en su mirada; pero sabía que en un momento podía convertirse en un demonio rabioso y rugiente y saltar sobre él.

Creyendo, como creen algunos, que los animales conocen en cierto modo el estado de ánimo de las personas y obran en consecuencia, trató de desterrar toda sensación de miedo y de mala voluntad y, haciendo un esfuerzo prodigioso para dominarse, miró al puma con tranquilidad e indiferencia.

El puma, con sus garras delanteras estiradas en la arena y con la cabeza levantada ,entornaba los ojos, mirándolo perezosamente. Parecía medio dormido por su actitud. Algunas veces, los ojos brillantes estaban casi cerrados.

—¡Diablo! — dijo una voz arriba. — Hay que quitarle el sueño.

Como un relámpago el animal se puso sobre sus patas ,rígido, mirando hacia arriba. Al parecer, la plataforma excitaba su ira. Su cola empezó a azotar y su labio se levantó en un ángulo, con un gruñido maligno, descubriendo un colmillo blanco.

Un clamor de voces se dejó oir. Todo el aspecto del animal cambió. Sus ojos se inflamaron. Se agachó mirando con ferocidad hacia arriba. ¿Era posible que reconociera a algún antiguo enemigo entre los espectadores?

Wedge guardaba silencio y el sudor comenzó a correrle por la frente.

Con las garras descubiertas, el animal estaba aún agazapado mirando arriba. Parecía haber olvidado a Wedge. Los hombres gritaban y pateaban en el piso de hierro de la plataforma. El animal sacó una garra y se arrastró hacia adelante. Sus músculos se levantaron e hincharon bajo la piel.

—Va a saltar — pensó Wedge. — Pero no me mira a mí.

Lentamente el animal avanzaba. Pasó apenas a medio metro de Wedge y continuó sin mirarlo. Cuando estuvo precisamente bajo la plataforma, se detuvo y gruñó mirando a lo alto.

Llegó uno de los hombres, le tiró un fósforo encendido, e inmediatamente se transformó en un verdadero demonio.

Wedge, después de eso no estuvo un instante seguro respecto de los movimientos del animal, pues éste corría alrededor de la pista como un rayo de luz amarilla. El levantó la maza, pero el animal no lo perseguía. Iba y venía, y después de una tercera vuelta alrededor de las blancas paredes se detuvo por un instante, rígido y agazapado contra el piso de arena. Luego se lanzó con un magnífico salto hacia las sombras que había sobre las lámparas.

Los gritos aislados de la plataforma cesaron de repente y estalló un terrible alboroto.

Wedge oyó el rechinar y arañar de las garras del animal contra la empalizada de arriba y un grito de terror. Se sintió un pataleo, al que siguió una serie de gruñidos y el ruido de un cuerpo que cae pesadamente.

El preso quedó por un momento deslumbrado. Después se lanzó hacia la puerta por donde había entrado el animal y empujó con todas sus fuerzas. Probó una y otra vez abrirla con todo el peso de sus fuertes hombros. La puerta cedió al fin con un gran crujido y nuestro hombre cayó al otro lado de ella, entre la paja sucia.

Se levantó en un instante. Por la luz de las lámparas de arco del circo pudo distinguir que la jaula tenía una reja a un lado ,asegurada por un cerrojo. Pasó la mano a través de los barrotes y descorrió ese cerrojo. En un momento estuvo fuera de la jaula y, bajando un obscuro corredor de piedra, con la maza en la mano, resuelto a romperle el cráneo a cualquiera que se le pusiese en el camino. En lo alto de unos escalones encontró una puerta atrancada por dentro; quitó las trancas y se encontró medio mareado en la calle, aspirando el aire fresco de la noche.

Cuando la policía registró los sótanos del local del cinematógrafo unas horas después, conducida por Wedge, encontró al puma adormido en su jaula, abierta, y arriba, en la plataforma de hierro, todo lo que había quedado de Mr. Dance, inventor y productor de películas de natural.

Sólo al amanecer, descubrió Wedge que le habían tiznado las cejas y le habían pintado en el rostro unas líneas que lo desfiguraban.

"Un Buen Cazador de Víboras, no Debe Dar Nunca la Espalda al Sol"

El periodista francés Enrique Caín ha efectuado en compañía de un cazador de víboras una sensacional batida, que tuvo feliz éxito. A continuación va su relato:

La víspera, Enrique Pelletier, célebre entre los cazadores de víboras por su destreza y su valor, me había dado una cita para la mañana temprano y le hice gustoso el sacrificio de algunas horas de sueño.

Fuí a la cita con las pantorrillas bien ceñidas de tela y cuero, precaución que el cazador de víboras me había recomendado. Le encontré vestido con un trajecillo de cutí gris, mondando con su navaja una varita de nogal.

—Pero no os habéis equipado aún — le dije — ¿y vuestras armas? ¿y las defensas para las piernas.

—Mir armas se reducen a esta varita y contra las mordeduras uso zapatos de orillo, que ahogando el ruido de mis







1 Extracción de los viboreznos. Pelletier extrae los hijuelos de 8 a 10 centímetros de largo. — 2 Pelletier vuelve de caza, llevando colgadas del bastón tres enormes víboras. — 3 Frente al enemigo. La víbora que dormía al sol se despierta irritada

pasos sobre la [illegible] permiten acercarme al reptil sin ser oído. Mi equipo se completa con una caja de hierro en que caerán pronto las cabezas cortadas de algunas víboras.

—¿Y si fuéseis mordido?

—No lo he sido nunca, y además, llevo con que curarme: dos plantitas de puerro, que son un remedio soberano; se corta la legumbre en dos y se aplica sobre la herida. He oído hablar de un suero contra el veneno de la víbora, fabricado, creo, en el Instituto Pasteur; si vale algo, tendrá jugo de puerros ..

No me atrevo a emitir dudas sobre esta afirmación, que me parece algo atrevida y pronto entramos en campaña.

Un terreno escarpado lleno de zarzas nos separa todavía de los bosques del Busseau; lo escalamos resoplando un poco y ¡adelante! Pelletier va el primero, la varita en alto, el paso silencioso, la mirada penetrante. El sol nos da en la cara y nos quema con sus rayos. Un buen cazador de víboras nunca debe volver la espalda al sol, porque su sombra podría espantar la presa, ¡no todo son rosas en el oficio!

De pronto, Pelletier se inclina, vuelve a levantarse y me muestra en el cabo de su varita un objeto largo y escamoso como una serpiente, pero tan leve que el viento lo agita como a un trapo.

—Buena señal —dice el cazador— esto es el despojo que ha dejado una víbora para hacerse una piel nueva.

En efecto, ¡ahí está la caza! El momento es solemne: a pocos metros de nosotros una víbora gris duerme, medio arrollada. El cazador se aproxima con paso ligero y furtivo; un golpe de vara, asestado con precisión maravillosa, le basta para matar al reptil y yo quedo un poco desilusionado al ver la facilidad con que ésto se ha hecho.

La víctima es hembra; Pelletier la decapita y el cuerpo se agita sobre el suelo con brusco sobresaltos: es de color grisáceo y en el dorso presenta una banda más oscura: sus flancos están chapeteados de negro, el vientre es casi plateado con placas transversales sobre las escamas del dorso y los costados. Pero, en la cabeza, que me muestra el matador, está lo más interesante. No está inerte aún: cuando la toca con su varita, la horrible boca se abre de repente y muerde la madera con rabia: allí están los famosos ganchos con un pequeño canal por donde sale la ponzoña, que segrega por una glándula colocada bajo los ojos; tras los ganchos hay gérmenes de otros que reemplazarán a los actuales cuando se [illegible]. Estremece el pensar en lo terrible de esos dientes, apenas visibles bajo un repliegue de la encía!

Pelletier echa la cabeza del ofidio en su caja de hierro blanco; entierra el cuerpo para preservarlo de las moscas y seguimos nuestro camino. Contorneamos grandes bloques de rocas, atravesamos bosques; de repente, la varita cae silbando. Esta vez llegó tarde, la víbora esquiva el golpe, ocultándose entre unas piedras, ¡se va a escapar !Entonces asisto a un espectáculo angustioso: el cazador de víboras tira la caja y el palo y con las dos manos, dando prueba de una loca temeridad, hace volar las piedras y terrones bajo los cuales se ha refugiado la bestia. No tarda ésta en quedar al descubierto y a talonazos, con una especie de furor ,trata de aplastarla y lo consigue.

Es una enorme víbora de 80 centímetros, por lo menos; su vitalidad es pasmosa; con la espina dorsal rota y el cuerpo abierto en varios sitios, se arrolla y se desarrolla, tratando de morder mientras la fotografiamos.

Un poco más lejos, espectáculo curioso: hemos logrado acercarnos sin ruido a otra que duerme sobre una roca plana; Pelletier la tiene ya bajo su bastón, cuando un leve frotamiento de hojas la despierta. No se precipita desde luego sobre el agresor; alza la cabeza y le mira con fijeza intensa, procurando hipnotizarle. Sin que se mueva, tenemos tiempo de tomar varios clichés, mientras Pelletier no la quita los ojos ni un segundo. "Si yo volviese la cara un momento — me dice — se escaparía." Mas no hay contemplación que cien años dure, aunque sea entre hombre y víbora; el horrendo animal se enerva por momentos como si sintiera la muerte flotar sobre su cabeza, saca varias veces como un dardo su lengua bífida y temblorosa, la vara cae como un rayo: un golpe seco, un último espasmo y la víbora ha vivido.

Tenemos suerte; ahora se trata de una hembra a punto de dar a luz. Pelletier recibe 0.35 de franco por cada cabeza de víbora que lleva; se trata, pues, de extraer las líboras del cuerpo de la madre. La víbora es, como se sabe, vivípara; es decir, que en el momento de la puesta, a fines de agosto y todo septiembre sus hijuelos vienen al mundo vivos, capaces de defenderse y por consiguiente de hacer daño. Dos trozos de madera forman nuestra mesa de disección. Pelletier corta la cabeza y la cola de la madre y apoyando con el pie, hace salir del cuerpo palpitante un racimo de huevos blanquecinos, cada uno de los cuales contiene una cría: hay diez. Esta presa le vale, por consiguiente, tres francos y ochenta y cinco céntimos, Pelletier está muy contento. "Estos asquerosos bichos — me dice — pueden llevar de cinco a catorce hijuelos, y a veces diez y siete, según especie y edad. Desde la tercera primavera ya son fecundas. Un día tuve la suerte de matar cinco madres que me produjeron sesenta y ocho cabezas de viboreznos. Se ve a qué pululación estaríamos expuestos si mis colegas y yo no tuviésemos preciosos auxiliares en ciertas aves de rapiña, que hacen mucho estrago en estos reptiles."

Hablando así, corta la membrana que forma los huevos y extiende cuidadosamente los viboreznos, depositándoles en la caja; otras cabezas se unen a ellos bien pronto, lo que eleva a veintitrés el número de piezas cobradas y a ocho francos con cinco céntimos la ganancia de Pelletier.

Pero el sol declina; se ha levantado un ligero viento del Norte. Basta por hoy. Nos preparamos a saborear en una fonda de las inmediaciones de la ciudad una comida bastante bien ganada, mientras Pelletier me habla de su tema predilecto:

—Vea, señor, — me dice — hay una cosa que conviene hacer saber y que tranquilizará a muchas gentes timoratas: "la víbora nunca sale al encuentro del hombre; le tiene miedo y le huye. Para que haya mordedura es necesario que el hombre se siente, por inadvertencia, sobre el reptil, o que lo toque con el pie o la mano: entonces la víbora se defiende. Las precauciones que se han de tomar son, pues, elementales: batir la hierba en el sitio en que se piensa uno recostar y mirar el suelo antes de poner la mano. En mi carrera, ya larga, he visto alguna vez una culebra lanzarse contra el hombre sin haber sido provocada; la víbora jamás.

Cuentos para niños, escritos por ellos mismos

Esta semana resultaron premiadas las siguientes composiciones:

"UN DIA DE PRIMAVERA", por María Luisa Othaz. 12 a os.
"LA GALLEGUITA", por José Martín, 11 años.
"LA CAMPESINA", por Inés Pardo Domínguez. 11 años.
"LA CUIDADORA", por Armando Guallar. 11 años.

LA CUIDADORA

(PREMIADO)

En un pueblo no muy lejano vivía una niñita, su mamá y dos patitos.

Llegaba el verano y la madre caída ya en años enfermó, ya los últimos ahorros que la pobre mujer había hecho durante toda su vida se agotaban. Un día cuando la niñita estaba consolando a la enferma se le ocurrió lo más inesperado del mundo, ir a venderse sus dos queridos patos, y así lo hizo.

Con el dinero de la venta compró cuatro más, los que vendió a buen precio con lo que sacó pudo pagar al médico que no atendía a la enferma porque no pagaba.

Al poco tiempo la buena madre sanó y compró como regalo de cumpleaños a su hijita cuatro patitos los que lleva cada día a un arroyito cercano y al regreso junta cuantas flores encuentra a su paso para perfumar la habitación de su adorada madre.

Armando Guallar.

11 años.

UN DIA DE PRIMAVERA

(PREMIADO)

¡Qué hermosa mañana de primavera! El cielo límpido y azulado anuncia un alegre día. Un soplo de perfumada brisa hace balancear las hojas y las flores: la salida del sol es saludada por todos los animales; los corderitos balan, el buey se prepara para su ruda tarea, los patos graznan y los pájaros cantores vuelan de rama en rama dejando oír sus trinos.

También los niños madrugan y sus cantos parecen voces de bienvenida al nuevo día.

Caminando por los verdes prados florecidos en trébol y margaritas, anda una niñita madrugadora con sus seis patitos camino al arroyuelo cercano cuyas aguas parecen ser de plata.

Mientras los patos nadan tranquilamente, el se ocupa de cortar flores y el volar de alguna hermosa mariposa de alas multicolores, le interrumpe de cuando en cuando su tarea. Luego inclina su cuerpecito para sentir el delicado aroma de las flores que la madre natura les ha dado y recuerda que es hora de regresar. Con su cañita arrea los patitos; en la otra mano lleva el ramo de flores que juntó para su mamá y ella al entregárselas, le dirá: son para tí, mamita y la mamá, en agradecimiento, le dará un cariñoso beso maternal.

María Luisa Othaz
12 años

El terrorífico rival

Otto y Franz, allá en Berlín,
eran dos buenos amigos.
Mas su amistad tuvo fin
y una rivalidad ruín
los convirtió en enemigos.

Otto amaba a una tanguista
y ella ¡oh!, de Franz se prendó.
Y Otto, al ver que su conquista
dirigía a Franz la vista,
con el buen Franz regañó.

Ustedes opinarán
como yo, seguramente,
que, a no ser Otto alemán,
hubiese puesto al desmán
un remedio contundente.

Y creo que su opinión
sobre Franz será la mía:
que de no ser Franz teutón
no hubiese dado ocasión
para aquella porquería.

Pero en fin, el caso fué
que Otto, que era algo salvaje
además de echar café
buscó la manera de
vengarse de aquel ultraje.

He de advertir que ambos socios
eran en Berlín dos hachas
en materia de negocios,
aun distrayendo sus ocios
en disputarse muchachas.
Otto era un poco banquero
y un poquitito inventor
y unas porciones tendero,
y Franz era cafetero,
perfumista e impresor.

Pues bien: Otto, por vengarse
empezó por dedicarse
a los negocios que hacía
Franz, y con los que vivía
con holgura y hasta hartarse.

Y nació una competencia
que llegó a la violencia
entre ambos fieros rivales,
y que dió por consecuencia
la mar de horrorosos males.

Franz puso un café y al punto
Otto puso un café al lado.
Franz abrió luego un colmado
y Otto le aguó aquel asunto
con otro mejor montado.

Y al fin Franz fué y se indignó
y una funeraria abrió
que era una preciosidad.
¡Y Otto entonces inventó
un suero y le destrozó
pues nadie en Berlín murió
de ninguna enfermedad!...

Néstor O. LOPE.

DE TODO UN POCO

Los ferrocarriles norteamericanos tenían 40.000 trucks destinados especialmente al transporte de automóviles desde las fábricas a los diversos centros de venta, pero el número resultaba insuficiente y se ha aumentado a 45.000.

Una gran casa productora de películas cinematográficas ha establecido en California una gran "menagerie" en una granja de 160 hectáreas de extensión para criar leones, leopardos y otras fieras y sacar vistas de estos animales en libertad.

En un circo de Londres se estaba exhibiendo un perro que sabe dibujar una cabeza de burro y tres figuras geométricas, y que escribe su firma.

DESCRIPCION DE ESTA LAMINA



Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto pueden sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

Los Niños de Moscú Juegan en la Nieve



Este año se registró en la Rusia de los Soviets el frío más intento que se haya producido en las últimas décadas. En Moscú, la nieve cubrió las calles del suburbio. Los niños de la histórica ciudad rusa hallaron sin embargo motivo para divertirse. Los escolares fueron provistos de "skis" para patinar en la nieve y es así como aparecen en estas fotografías los del barrio "Lenín", sonrientes y profundamente satisfechos de la atención que se les prodiga en las escuelas sovietistas, de cuyos excelentes métodos educativos hemos tenido ocasión de ocuparnos muchas veces

LA GALLEGUITA

(PREMIADO)

Al atardecer de un día de verano, en donde los hermosos campos de Galicia, en los cuales la Naturaleza se detuvo para embellecerlos llenándolos de retama y tomillo para que exhalaran su perfume, la galleguita, luego de juntar su ramo de flores campestres para la virgen, va recogiendo a los animalitos que están bajo su custodia, para ponerlos al amparo de la noche que se avecina.

Contempla al sol que desaparece, dejando un tenue resplandor como despidiéndose del día. Pronto las estrellas brillarán en el azul del firmamento, cual lucecitas y la galleguita, descansando de su labor se recogerá también con los suyos. Y al recostar su cabecita en la almohada, los sueños la transportarán a regiones desconocidas, en cuyos hermosos palacios, se encontrará convertida en princesa, como en los cuentos de hadas, hasta que el amanecer desvanecerá las ilusiones del sueño, para volver a la realidad, para volver a cuidar nuevamente a los animalitos hasta la hora del recogimiento.

Así va transcurriendo la vida de la galleguita, siempre en los hermosos campos de Galicia, llenos de retama y de tomillo.

José Martín

11 años.

LA CAMPESINA

(PREMIADO)

Qué admirable espectáculo ofrece esta impresionante mañana. El horizonte se ve cubierto de nubes que se levantan del río majestuosamente en medio de vapores grises. Entre los verdes y pintorescos árboles vemos a una campesinita recorriendo vastos espacios en compañía y al cuidado de sus adorables patos.

En ella vemos que viste modestamente con un vestido oscuro y un delantalcillo; en la mano izquierda lleva un hermoso ramo de flores.

De vuelta a su casa la esperan con cariño y amor sus ancianos padres.

La campesinita descansa satisfecha después de haber cuidado a sus hermosos animalitos.

Inés Pardo Domínguez.

11 años

El verdugo de Jadraqué

ROMANCE DEL SIGLO XV

Junto a un arroyo azulado,
que tiene a su lado un monte,
y muy cerca de un barranco
profundísimo, por donde
fallecieron despeñados
una porción de pastores,
a una legua de Jadraque,
mirando en dirección Norte
y a doce de Cogolludo
(pueblo heroico, aunque pobre
al que se llega en dos horas
y se llega echando el bofe),
torciendo hacia mano izquierda
por un campo de melones,
aún distingue el caminante
la silueta de una torre.
Todos los hombres de ciencia,
todos los historiadores
ignoran qué representa
la ya mencionada torre,
pero yo, que soy un hacha,
un hacha con mejor corte
que tuvo un día en Versalles
el monarca Luis XIV,
voy a deciries a ustedes
qué historia oculta esa torre,
aunque al conocer la historia
el terror les agarrote.
La torre es negra y sombría,
de piedra gris y uniforme,
en ella se ven almenas,
horcas de hierro y de bronce,
ventanas aspilleradas
y algún que otro saltamontes.
Y dentro tiene mazmorras
oscuras como la noche
donde no penetra el sol
ni aunque lo disponga Urgoiti.
Y hay, tras aquellas paredes,
jaulas de gruesos barrotes,
instrumentos de tortura,
cuchillos, navajas, hoces
y una colección de libros
de ultraístas españoles.
"¿Y quién habita — diréis —
esa tenebrosa torre?"
Pues la habitaba hace siglos—
a fin del siglo catorce—
el verdugo de Jadraque,
un hombre inmundo e innoble.
Se llamaba Rodavanto
y era tan cruel aquel hombre
que la sangre derramada
le producía un gran goce.
Por razones de su cargo
daba al día pasaporte
para otro barrio a doscientos,
entre villanos y nobles,
y era tal su regocijo
cuando hacía este demoche
que engordaba nueve kilos
y a veces engordó doce.
Y el día que no mataba
a nadie, vagaba el pobre
por los negros calabozos
vertiendo un llanto salobre.
Cierta tarde murió el rey
y a los presos de la torre
dió libertad el monarca
que heredara el trono. Entonces
el verdugo Rodavanto
se encontró sólo y sin hombres
a los que matar en medio
de sufrimientos atroces.
Y con aullidos de hiena
y berridos de bisonte,
recorría las mazmorras
jurando cual los bretones
y suplicando una víctima
para hacerla picatostes.
Pero ningún condenado
mandaba el rey a la torre
y así pasaron tres meses
de noventa y una noches.
Al fin de ellos Rodavante,
el verdugo de más nombre,
terrible entre los terribles,
feroz entre los feroces,
tuvo una idea genial
para ejecutar a otro hombre:
y fué que cogió una espada
y se arreó tal mandoble
que se cortó la cabeza
y sin cabeza quedóse.

Y cuenta que su cabeza
rodó por los escalones
empinados y tortuosos
de la berroqueña torre
y que cuando llegó abajo
salieron de ella estas voces:
"¡Las ganas que yo tenía
de matar a alguien, demontre!"

Enrique JARDIEL PONCELA

LA HIJA DEL

(TRADUCCION DE FENIA CH. DE REPETTO)

Cantando en alta voz, pero algo inquieta, iba Lina descendiendo hacia el río; atravesó el puente del parque de la hermosa propiedad de su abuela donde había ido por primera vez a pasar sus vacaciones y, sin darse vuelta, comenzó a correr en dirección del monte. Corrió ligero, como si alguien la persiguiera; de pronto, sintió cansancio y acortando el paso, miró con cierta timidez a todos lados.

Lina parecía estar de paseo; bien puesta y arreglada con mucho cuidado; la cinta azul que combinaba admirablemente con sus ojos, sostenía su rubia cabellera; el sombrero de paja clara adornaba su linda cabecita. Llevaba un vestido liviano, medias blancas como nieve y zapatos nuevos, adornados con una hebilla brillante. No se olvidó de su pequeña sombrilla blanca.

Un poco emocionada, al mismo tiempo contenta, acercábase al monte, para ella "encantado", esperando a cada paso encontrarse con algo "maravilloso".

Cuando volvió la cabeza y se dió cuenta de que estaba lejos de la casa, pues ésta apenas se distinguía y el río con sus orillas sinuosas no se veía más, tuvo miedo y sintió un escalofrío... Jamás había salido sola, ni alejado de su casa... Se dominó pronto y, ya sin mirar atrás, siguió adelante, siempre adelante...

—He aquí el monte que de lejos semejaba una cinta azul obscura.

Pero, a medida que se acercaba, distinguía netamente sobre el fondo sombrío de los pinares, unos olmos de corteza blanca; sintió un fresco delicioso, perfume de hierbas y flores silvestres. Se acercó a un riachuelo de aguas muy tranquilas, detuvo su paso y vió que el monte empezaba del otro lado.

Altas trincheras de pinos estiraban sus ramas sobre el agua en forma de gigantescos brazos. Los jóvenes abedules con sus delgadas ramas entrecruzadas y las raíces no cortadas aún, formaban un puentecito muy frágil e inseguro.

—¿Qué hacer?...

En la ciudad solía atravesar puentes, pero eran sólidos, grandes, anchos, con barandas de hierro o de piedra, que dejaban ver el río, aunque había que levantarse en puntas de pie y alargar el pescuezo... ¡Pero, éste tenía apenas dos tronquitos!...

—¿No sería mejor volverse?...

—No, — resolvió Lina, rápidamente, — seguiré adelante!...

Y, poniendo mucho cuidado, movióse con paso de gorrión; cuando llegó hasta más de la mitad del riachuelo, sintió hundirse bajo sus pies las copas de los arbolitos...

¿Regresar? No podría; perdería el equilibrio... ¿Seguir adelante?

Se mojaría los pies; además, ¿sería hondo el riachuelo?... ¿Y si me ahogo?... ¡Adiós papá, mamá y abuelita!...

Y así, indecisa, permaneció en medio del puentecito...

Las lágrimas llenaron sus ojos.

De pronto vió moverse las ramas, detrás de un pino inclinado brillaron unos ojos negros y unas manitas quemadas por el sol separaron las ramas; una niñita apareció en la orilla. Llevaba una camisa blanca de hilo grueso y una pollerita roja que le llegaba un poco más abajo de las rodillas.

Estaba descalza. Su cabello negro ensortijado, fino como seda, caía delante la frente y se esparcía en ondas negras sobre sus hombros y espaldas. Apoyábase en un palo nudoso y miraba con mucha curiosidad a Lina, la que, indecisa, estábase junto al agua, recogiendo su vestidito.

—Ayúdame, nena, — gritó Lina a la morocha, y su corazón estremecióse de alegría al ver un ser humano y no un monstruo terrible, como se imaginaba...

La morenita tiró el palo, entró al agua, tomó por la cintura a Lina, y, levantándola, no sin esfuerzo, hizo un movimiento hacia adelante y la puso en la orilla...

Un salto y la chica estaba al lado de Lina. Esta no se mojó los zapatos nuevos y no sabía cómo agradecer a su salvadora, que parecía ser un año mayor que ella.

—¿A dónde vas? — preguntó la morenita.

—Al monte.

—¿Para qué? — siguió interrogándola.

—Quiero ver el monte...

—Ven, te lo mostraré, — y levantando su palo del suelo, entró al monte. Lina seguía sus pasos.

Las agujas secas de las coníferas crujían bajo sus pies.

Los pájaros trinaban sus cánticos de alegría. A lo lejos, hasta donde alcanzaba la vista, erguíanse altísimos árboles, formando bóvedas frondosas que no dejaban pasar ni un rayo de luz...

La morenita se abría paso al través de las ramas enmarañadas con una agilidad asombrosa, mientras Lina preocupada en sostener su sombrero, que a cada movimiento enganchábase y amenazaba quedarse colgado en alguna rama, caminaba con mucha dificultad; las ramas espinosas se clavaban en su vestido o la castigaban en la espalda. Sus pies enredábanse en las raíces superficiales, tropezando a cada paso y corriendo el riesgo de dar de narices contra el suelo.

Pero, asimismo, pronto las niñas trabaron conocimiento, y Lina supo que su guía era hija del carbonero y se llamaba Marucia.

—¡Cuántos árboles! ¡Qué altos! ¡Qué gruesos son! — exclamaba Lina a cada paso.

—¿No has visto un monte? — preguntó Marucia.

—¡Nunca!... He visto muchas veces barcos cargados de leña y de troncos de árboles; pero, esos eran lisos y blancos... Como estos no he visto nunca, — contestó Lina.

—De aquí se saca mucha leña... Si supieras cuánta se corta en otoño y en invierno. ¡Uf! No se oye sino el ruido del hacha... todo el día... ¡Qué lástima! — y la chica suspiró mirando pensativa los árboles verdes — La ciudad consume mucho de nuestro monte...; ¡No me gusta la ciudad! — dijo terminantemente Marucia.

—¿Ustedes viven siempre aquí en el monte, verdad? — interrumpió Lina, corriendo a saltitos y tratando de alcanzar a su compañera.

—Sí, vivo aquí — dijo Marucia, sin darse vuelta.

—¿Siempre? ¿En verano y en invierno?

—Todo el año... Yo con tata...

De repente se detuvo y... tsss... puso el dedito en los labios; dióse vuelta hacia Lina y dijo en voz baja:

—¡Mira una liebre... mira, qué grande, qué linda, es esta liebre! La conozco... Desde hace tiempo vive aquí Es el segundo año... aquí mismo tiene su cueva... tiene liebrecitas... Ahora, apenas nos vea, se escapará... Es muy pícara; ¡vieras cómo salta!... Más de una vez los cazadores quisieron cazarla con perros; pero, no han podido... ¡Oh, es muy pícara!...

Lina ocultándose detrás de un arbusto, miró en la dirección indicada. Entre los árbustos, una liebre de color gris arrancaba y comía pastito, se levantaba frecuentemente sobre las patas traseras, tendiendo el oído y mirando hacia todos los lados; aguzó sus largas orejas, aspirando continuamente aire con su naricita partida.

—¡Pero, qué rica! — murmuró sin querer Lina.

La liebre paró las orejas, fijó la atención del lado donde estaban escondidas las niñas, saltó una, dos veces y... desapareció...

—¡Qué ridículas son estas liebres! — dijo Marucia, caminando; — a veces corren como para romperse la cabeza, las orejas puestas en la espalda; pero, apenas oyen un silbido, se paran y se sientan. ¡Qué risa! Pero, si les dices: "pripá", "pripá", "pripadí", se quedan quietas y te escuchan...

—Jamás he visto una liebre viva, — dijo Lina; — las he visto mucha veces en los mercados, colgadas de las patas y el hocico ensangrentado...

—¡Mejor no hables! — interrumpió Marucia toda agitada. — ¡Cuántas liebres se matan en el año! ¡Es un horror! ¡Cuántas aves, patos, gallinetas! Y todo para enviárselo a ustedes. Por lo visto vuestra ciudad tiene una barriga muy grande... ¡Cuántas cosas devora!...

—Parece que ustedes saben todo lo que pasa en el monte, — dijo Lina.

—¡Sí, sé! Conozco cada arbusto, cada terrón de tierra, — contestó sencillamente la morenita...

Los árboles empezaron a ralear y Lina, disgustada, pensó que quizás el monte terminaba; su deseo íntimo era que continuase, esperando ver más maravillas...

—No, no es el fin del monte, — dijo Marucia; — es un claro del monte.

En un extremo de ese claro un árbol grueso y alto, muy alto, extendía sus tupidas y verdosas ramas.

—¿Qué es esto?

—Es un cedro; mi tata lo llama "abuelo", porque es viejo, muy viejo, — seguía explicando la hija del carbonero. — Si estuviéramos en otoño, te convidaría con piñones; pero, ahora no es la estación.

—¿Cómo? ¿Acaso aquí crecen los piñones? ¿Dónde? ¿Cómo? — y alzando la vista contemplaba al gigante silvestre...

—¡Oh, cómo eres!... ¡No sabes nada! — dijo sonriendo Marucia, y subiendo a una rama baja, agarróse del árbol y, cual una ardilla, trepándose por las rugosidades de la corteza, llegó a la cima.

Pronto no se la vió más, destacándose solo, de vez en cuando, su pollerita roja...

Lina, mientras tanto, impresionada por lo que acababa de decirle su compañera, reflexionaba: "¡Cómo! ¿Ella no sabía nada? Tan luego ella, que sabía historia y geografía, tres idiomas, tocaba el piano y pintaba flores;... y la carbonera, esta niña salvaje que, seguramente, no tenía idea de Egipto, ni de Solón, ni del río Amazonas, se burlaba de ella y le decía: "¡No sabes nada!"

—¡A-u-u, niña, toma! — y a los pies de Lina cayeron dos blandas piñas.

Al rato de haber bajado Marucia, le mostró cómo crecen los piñones y siguió contando que en otoño hacía mucha provisión de ellos para el invierno.

—De noche, con tata, los comemos...

—También nosotros, en la ciudad, tenemos muchos piñones; los compramos en el almacén, — añadió tranquilamente Lina.

—Sí, de aquí para la ciudad salen muchas carradas de piñas. Se los arranca, se las saca rápidamente... — y moviendo tristemente la cabeza, agregó en un suspiro: — Yo las recojo con cuidado... mientras esos hombres rompen sin piedad las ramas... da miedo y lástima... ¡son unos haraganes, unos malos!... Sólo les interesa saquear el monte, lo demás no les importa nada...

Las niñas seguían caminando silenciosas.

—Pronto llegaremos al río Rápido, — dijo Marucia.

—¿Es el mismo que corre frente a nuestro parque? — preguntó Lina.

—¡Oh, este río corre por muchos lugares; es lindo, transparente!, en verdad "Rápido", — dijo comentando la carbonera.

II

El río corría por entre las orillas sinuosas, cubiertas de espesos montes. En las márgenes arenosas se veían pisadas de hombres y de caballos.

Los árboles se reflejaban en las aguas transparentes. Un olmo abatido por un huracán bañaba su copa en la corriente, y su tronco blanquecino dibujábase sombrío en la profundidad oscura..

—Aquí cerca hay grosella. — dijo Marucia, acercándose con Lina a unos altos y espesos arbustos de grosella silvestre.

—¡Es rica!... la silvestre; es perfumada, no es como la cultivada en los jardines; aquella es grande y linda, pero, aguachenta y no sirve para nada si se la compara con esta frutita menuda y aromática, — observó Lina con mucho conocimiento de causa.

—¡Así es! "Pequeña es la moneda de oro pero valiosa, y grande es Fedora pero sonsa", — dijo bromeando la carbonera. — Ustedes los de la ciudad son muy vivos, pero a nosotros no nos ganarán... la fuerza está de nuestro lado. ¡Mira! — y Marucia hizo un ademán, guiando ampliamente la mano alrededor suyo. — Aquí todo vive y prospera por sí sólo, sin cuidado y sin cultivo... ¡Cómo se va a comparar vuestra ciudad con nuestro monte!... — y canturreando se puso a comer la frutita.

Lina también gustaba mucho de la grosella y la recogía con placer; pero, a cada rato se pinchaba las manos y se las quemaba con las hortigas. La carbonera se reía de su inhabilidad.

—Nosotros, en cambio, tenemos muchos dulces, — dijo burlonamente Lina, — ustedes no los tienen.

Pero, para hacer los dulces, ustedes vienen a nuestros lugares, — repuso, riéndose a su vez, Marucia...

Hacía calor y Marucia ofreció a Lina bañarse.

—Bueno. ¿Dónde nos desvestiremos? ¿Dónde está el balneario? — preguntó Lina mirando a todos lados.

—¿Cómo, "dónde nos desvestiremos"? — dijo con asombro la niña del monte. — Nos desvestiremos aquí, en la orilla, y... ¡al agua!...

—¡Eso no!... ¿Cómo es eso? No está bien, — balbuceó todo confundida Lina.

—¿Qué hay de malo? — y Marucia, echándose a reír, quitóse en un momento la ropa y se tiró al agua.

Nadaba, se zambullía y jugaba con las frescas ondas del hermoso río.

Lina estaba cansada, tenía calor y se hubiera bañado con mucho gusto; pero, no al aire libre... sino en un balneario...

—¡Pero, no seas miedosa!... ¡De veras, eres ridícula!... — decía la carbonera, vistiéndose y estrujando el agua de su negra cabellera.

Cuando las niñas se pusieron en marcha, empezó a oscurecer y detrás de los arbustos se tendían largas sombras densas; en el cielo azul profundo se encendieron las primeras estrellas doradas y en el monte sentíase más fuerte la fragancia de las flores y de las hierbas...

El rocío, después de un día de mucho calor, caía abundante de las ramas, y gotas cristalinas cubrían el pasto y los arbustos.

A lo lejos oyóse el ¡cu! ¡cu!... y luego el lúgubre y salvaje grito del buho.

Lina, impresionada por ese mundo de sonidos, tan nuevo y tan ignorado por ella, trataba de penetrar el espesor de los arbustos que se dibujaban fantásticamente en la penumbra del monte...

—¡Oh, cómo murmuran los árboles! Es seguramente la hora en que las hadas con sus velos desplegados descubren los íntimos secretos guardados por el monte!... — pensó Lina.

—¡Estamos en casa! — gritó de repente Marucia.

Lina miró sorprendida a su rededor y no vió más que el verdor obscuro y unos altos y gruesos troncos de árboles. Dió unos pasos más y descubrió detrás de los árbustos una pequeña choza, semejante a aquellas que se pintan en los cuentos: techo de paja, paredes negras, una minúscula ventana y una puertecita tan bajita que apenas dejaba pasar a un hombre.

Mientras Lina no salía de su asombro, Marucia, apenas llegada, encerró las ovejas en el corral, ordeñó la vaca y condujo a la huésped a su palacio selvático.

Al entrar a la choza, Lina vió una gran estufa negra de hollín, distinguió un aparadorcito de madera frente a la estufa, dos bancos puestos a lo largo de la pared, una mesa, y en un ángulo, un cuadro obscuro, en el cual no se distinguían más que unas manchas. Era una imagen sagrada, adornada con dos ramitas de aromo. Varias prendas de ropa colgaban de unos grandes clavos de madera. En el suelo, unas canastas vacías y en una de ellas, sobre un colchón de pasto, dormía un gatito gris que llevaba en el pescuezo un collar de frutita colorada. El piso de tierra estaba bien apisonado.

—Tata no está, — dijo Marucia; — ha de haber ido a buscar leña seca; ¡preparemos, entre tanto, la cena!

Al decir esto, salió de la choza; Lina fué detrás, y cerca de la puerta tropezó con un montón de musgo gris; sentóse y, de repente, sintió un enorme cansancio; la larga caminata y la falta de costumbre, la habían dejado casi sin aliento.

Mientras tanto, Marucia trajo unas cuantas ramas secas y echándolas en un hoyo, cuyo fondo quemado estaba cubierto de brasas con cenizas, avivó el fuego y las hizo arder al instante. El reflejo rojo del fuego tembloroso y oscilante, corría por las ramas inclinadas de los pinos vecinos y se perdía muy lejos en la densa obscuridad.

Arrodillada ante el hoyo y soplando con toda su fuerza para avivar más el fuego, destacábase la carbonera con mucho relieve sobre el fondo azul obscuro del crepúsculo, con su carita morena, su pollerita roja y el cabello renegrido, los ojos brillantes, las manitas fuertes apoyadas con vigor en el suelo. El fuego prendió más, el humo azul extendióse debajo de los pinos y lengüetas amarillas y rojas levantáronse en alto...

La carbonera trajo agua en una olla, unas papas y poniéndolo todo en el fuego, acomodóse al lado de Lina, la que preguntó, con mucho interés:

—¿Quién les hizo la casa?

—¿Quién? ¡Nosotros... Tata cortó los árboles, los cepilló, mientras yo traía paja del campo, arcilla de río, mezclándola luego con arena...

La construímos ligero... ¿No es cierto que tenemos una linda casa? — preguntó la morenita, dando media vuelta y admirando su choza negra.

—La casita es bonita... bastante... — contestó Lina, ocultando su verdadera opinión para complacer a su nueva amiguita y por temor de ofenderla

En realidad, no comprendía cómo era posible vivir en semejante casa sin piso de madera, con una sola ventanita y sin cortinas...

—¡Mira, — dijo Marucia, — en la aldea, la casa de mi tía Martha, es peor que la nuestra; la estufa deshecha, a través de las paredes sopla el viento y en invierno hasta se amontona la nieve en las paredes; mientras que en la nuestra hace calor... se está muy bien!...

—Dime, Marucia: ¿cómo y de qué vives?

—¿Cómo? Pues, así no más, sencillamente. Hacemos carbón y lo vendemos... ¿Has visto?... Tenemos una vaca, tenemos ovejas, gallinas.. Al gallo, hace pocos días un gavilán se lo llevó... allí, — y la morenita indicó con la mano detrás de la choza. — Allí tenemos un campito; no es grande, pero a nosotros nos basta... Tata lo ara, siembra trigo, avena, cebada; toda clase de legumbres; papas, arvejas, nabo. . Yo le ayudo; carpo, rastrilleo y riego la huerta; también cuido de los animales... ¡Así pasa el tiempo y uno no se da cuenta cómo!... La primavera y el verano lo pasamos en el monte o en el campo; en invierno, nos quedamos en la casa, los días son cortos y no se puede andar mucho afuera.

—¿No te aburres sola con tu tata? — preguntó con lástima Lina.

—¿Aburrirme? ¿Por qué?... En verano no puede haber más alegría en ninguna parte, ni en el palacio del mismo rey, — dijo Marucia, defendiendo con pasión su monte. — En otoño madura la fruta y la legumbre; también es la época de la cosecha... En la primavera vuelven los pájaros, murmuran los riachuelos, se desbordan; el solcito derrite la última nieve, hace brotar el pastito; lo reverdece...

—¿Pero, en invierno, pienso que debes aburrirte mucho?

—En invierno, corro con patines, ando en trineo para buscar leña en el monte o voy a la aldea para visitar a mi tía; de noche prendemos el candil y... tata teje la red, arregla los arneses o descansa encima de la estufa; yo zurzo o tejo medias, compongo la ropa de tata...

A veces se levanta tormenta de nieve, todo obscurece, no se distingue nada, los árboles se agitan, gimen y crujen, como si la tierra quisiera tragar el monte. Pero, uno no tarda en pensar: pronto pasarán estos vientos terribles, el solcito se levantará más alto en el cielo, hará derretir la nieve y volverán de nuevo a nuestro monte los días tibios, días de calor, y se oirá de mañana el primer canto de un pajarito: es la alondra que ha vuelto. A veces, trabajando en la rueca, ésta zumba que te zumba, y yo me duermo... De pronto oigo... cómo zumban las abejas, cómo cantan los pajaritos, el solcito ya está calentito... Y, entonces, tata me despierta, y me dice: "¡Parece que estás con sueño, chiquita!" Abro los ojos, y delante mío humea el candil, veo la estufa, en la pared se mueve la sombra grande de tata... No era el sol lo que me calentaba, sino la estufa; no eran las abejas las que zumbaban, era mi rueca... Me echo a dormir de nuevo y... duermo fuerte, fuerte; no siento el rugido del temporal, ni del monte, ni tampoco el aullido de los lobos.

—¿Y no tienes miedo de vivir aquí? — preguntó con ansiedad Lina.

—¿Por qué voy a tener miedo? — y de repente exclamó: — La papa ha de estar ya cocida.

Y, dando un salto, Marucia se encontró al lado del fuego...

—¡Pero, mira, allí viene tata!...

Detrás de la arboleda apareció un campesino alto, fuerte, joven aún; descargó de sus anchas espaldas un gran haz de ramas secas, y viendo a Lina, la miró extrañado.

—Es la niña que vino a ver nuestro monte, — dijo Marucia, señalando con la mano a Lina.

—Bueno, hija; bienvenida sea, — dijo el carbonero, y se dirigió a la choza.

Al rato, los tres estaban cenando: las papas, arenosas y calientes, untadas con manteca, y el pan negro de cebada, que el carbonero cortó en tajadas gruesas, le parecieron a Lina riquísimas...

Después de la cena, a la señorita le prepararon una camita con paja fresca bien acomodada sobre un banco; los dueños se fueron a dormir a un hangar vecino a la choza.

Por primera vez en su vida, Lina se desvistió sola y a oscuras; en su casa le ayudaba siempre la mucama...

Recién acostada, acordóse de su casa y de la abuelita... Las impresiones del día habían sido tan intensas y tan rápidas que la absorbieron por completo sin darle tiempo a que pensara en los suyos.

—"¡Pobre abuelita! ¡Cómo ha de estar inquieta por mí! Seguramente habrá mandado gente a todos los lados para buscarme, y al no encontrarme, pensarán que algún lobo me ha comido o que me habré abogado; abuelita estará desesperada, la pobre, sin dormir..."

Lina, con los ojos cerrados, repasaba las impresiones del día y le pareció que una hada la había encantado.

En el monte se oyó el canto tardío de un pajarito; una leve brisa envolvía la choza...

Ya medio dormida, se decía:

—"Mañana volveré a casa; pediré disculpa, y como abuelita es tan buena y me quiere tanto, no se enojara".

Durmió profudamente toda la noche.

A la madrugada oyó que alguien golpeaba la puerta, y le pareció el canto de un gallo, el balido de una oveja...

—¡El sol ya se levanta! ¡Arriba, ya es hora! — le gritó de repente una voz conocida.

Lina tenía aún mucho sueño, y cubriéndose, oyó de nuevo la misma voz

—"Levántate, levántate; hace tiempo que te despertamos..."

Pero, Lina habría seguido durmiendo sin darse por aludida, a no ser por una sensación que la hizo incorporarse: un bichito con unas antenas largas subía lentamente por su brazo. Lina se estremeció y el bichito abriendo las alitas fuése volando...

La pequeña carbonera con un canasto en la mano estaba delante de ella...

Por un momento, Lina no comprendió nada, no se daba cuenta dónde estaba, ni qué sucedía, mirado alrededor suyo, muy extrañada...

Recordó su dormitorio, empapelado de color celeste, la ventana con cortinas blancas, un felpudo delante de la cama, un tocador... y lo que ahora veía eran paredes negras, una estufa ennegrecida por el humo, una ventanita por la cual se filtraba una tenue luz envuelta en hebras de pastito verde y toda la fragancia de unas plantas silvestres. De pronto, una ráfaga de aire fresco, matinal, la despertó completamente y Lina dióse cuenta dónde y con quién estaba.

Tuvo un poco de frío e hizo un movimiento como para taparse de nuevo, pero, la carbonera se lo impidió, sacán-

"De pronto, vió moverse las ramas. detrás de un pino inclinado"



"Cantando en alta voz, algo inquieta".

CARBONERO

POR P. V. ZASODIMSKY

ole la colcha con una sonrisa deliciosa abrazándola la incorporó en el banco, a cama improvisada.

Lina, muy mimada, resistióse, pero, tuvo que obedecer por fin a a "reina silvestre", como llamaba a Marucia..

La señorita comenzó a vestirse, pero esto le resultó aún más complicado que el desvestirse; no sabía abrocharse ni atarse las cintas...

—¡Oh, cómo eres! ¡No sabes vestirte! — dijo Marucia como un ligero reproche; pero, en seguida agregó: — Cierto que tienes muchas abrochaduras y ataduras... ¡y cuántas cintas!

Y con mucha paciencia, y siempre de buen humor, ayudóla a arreglarse; luego, preguntóle si quería lavarse con una jarra o ir a bañarse al río.

—¡Oh, no! Me lavaré aquí, — dijo apresuradamente Lina.

—Como te guste.

—¡Pero, qué temprano se levantan ustedes! — dijo Lina, inclinando una jarra de barro cocido y haciendo caer el agua dentro de una pileta de madera.

—¿Cómo temprano? Siempre nos levantamos a esta hora... Tata, hace tiempo, se marchó a la aldea; yo llevé los animales al prado. Dí de comer a las aves, me arreglé y me desayuné... Y ahora voy a buscar hongos; ¿quieres venir conmigo?...

Parloteaba la carbonera, moviendo la canasta que llevaba en el brazo.

Lina también quiso ir a buscar hongos. La carbonera le sirvió el desayuno: una tajada de pan con sal, una cebollita de verdeo y una jarrita de agua.

Lina comió pensando que en la casa de la abuelita tomaría café o te con bollitos y toda clase de masitas...

Cuando las niñas salieron de la choza, vieron a través de los árboles una ancha cinta de color rojo violeta y sobre este fondo ardiente dibujábase en toda su belleza salvaje el monte: los erizados pinos, los oscuros nogales, todos pintados de color rosa. El cielo parecía encendido.

Se oía el interminable gorjeo de los pájaros; un sordo zumbido levantábase del pasto; las hojas del monte saludaban la espléndida aurora con un suavísimo murmullo y las flores ofrecían su dulce perfume...

Lina encaminóse por el pasto; pero, de súbito, se paró: el pastito admirable de lejos con sus gotas de rocío brillante, resultaba muy incómodo al pisarlo con los botincitos de suela delgada.

La carbonera resolvió inmediatamente la dificultad, ofreciéndole sus sandalias con suela de corteza.

Dicho y hecho, y las dos niñas, muy contentas, riendo se fueron a buscar hongos.

—¿No nos encontraremos con un lobo? — preguntó Lina, mirando con recelo las malezas.

—¡No! No hay que tenerles miedo... Mira, una vez, en invierno, fuí muy temprano a la aldea, iba a casa de mi tía. De repente, veo, cerquita, unos ojos muy brillantes: ¡un lobo! Corría como a unos cinco metros y me miraba... Me paré, levanté un palo y amenazándole grité con voz gruesa:

—"U-ú-ú-ú"...

El lobo, recogiendo la cola, se echó de lado, y se fué corriendo...

Marucia caminaba ligero y Lina apenas podía seguirla; las gotas de rocío que caían de los arbustos la hacían estremecer cada vez que alcanzaban su cuello. Marucia, mientras tanto, le hablaba del baño matinal que había tomado en las frescas aguas del río...

—Te llevaré a un sitio donde hay muchos hongos... ¡Verás cuántos y qué ricos son!... — Y sus ojos negros y vivaces brillaban como dos estrellas.

Realmente, en aquel momento parecía una reina admirable, que se ofrecía generosamente para mostrar los tesoros y las maravillas de su palacio encantado... Y, en verdad, que hallaron una variedad grande de hongos y de todos los matices.

Al comienzo las niñas se mantuvieron juntas y Marucia enseñaba a la señorita cómo había de escoger los hongos, pero, pronto se separaron, y Lina, entusiasmada, recogía hongos sin acordarse de la lección que le diera su amiguita. De vez en cuando la llamaba: ¡a-ú!, ¡a-ú!, por temor de extraviarse.

Por fin, el sol estuvo bastante alto, el rocío se secó y las amigas se juntaron de nuevo, enseñando cada cual su cosecha.

La señorita juntó en su pañuelo pocos hongos y asimismo hubo de tirar la mitad por inservibles.

—Mira, chiquita, — le decía Marucia — este rosado, no sirve; es de pura vista, lindo; pero, no sirve para comer... Este rojo, mata a las moscas; este blanco... tampoco.

Y Marucia, un poco cansada, sentóse sobre un tronco; Lina, también estaba bastante cansada; pero, no se animó a sentarse en el suelo para no ensuciar el vestidito.

—Y bien querida, ponte en mis rodillas; y cuéntame algo de la ciudad. ¿Cómo es y qué hay en ella?

Los árboles con sus ramas entrelazadas parecían proteger a las dos amigas...

Y Lina empezó a contar cómo es de grande la ciudad... Le describió su linda casa, dotada de muchas piezas, con espejos, cuadros y espléndidos jarrones...

La niña silvestre escuchaba con mucha atención, pero, de pronto, preguntó:

—¿Para qué sirve todo eso?

—¿Qué "todo eso"? — asombróse Lina.

—Bueno, por ejemplo, los espejos.

—En ellos uno se mira.

—¿Y sin ellos uno no puede verse?... Mira, ¡me veo toda!

—Pero, no te ves la cara, ni la espalda...

—Es cierto, — y Marucia quedó un ratito pensativa...

—¿Y para qué necesito verme la cara y las espaldas? — y rióse con su voz cristalina y sonora. — Además, cuando el río está tranquilo, me veo muy bien la cara... ¿Pero, y los cuadros, para qué sirven?

—¿Cómo "para qué"? Para mirar y admirarlos... ¡Oh! tenemos un cuadro muy lindo... Representa una pradera verde y un camino; por el camino un caballo lleva un carro con pasto; un campesino va detrás del carro; el caballo es muy flaco, el campesino también flaco y andrajoso; un perrito los sigue... unas vacas comen pasto. Más lejos, detrás de los arbustos, sale el sol... En fin, todo es, como si fuera de verdad... ¡Costó caro este cuadro: Parece que costó 200 o más rublos.

—¡Señor mío! — exclamó la carbonera, juntando las manitas. — Pero, si todo esto se puede ver sin pagar nada, gratuitamente... ¡200 rublos!... Pero, ni en dos años gastaríamos tanto dinero!...

Lina, inclinada hacia el canasto, observaba los hongos... llamando su atención las lindas cabecitas, las fuertes raíces y pegados a las raíces unos terroncitos de tierra y un moho verde.

La carbonera quedó pensativa: algo la tenía preocupada.

—Pues, aquí, se está mejor que allí en la ciudad, en vuestras casas de piedra, — prorrumpió Marucia, moviendo las manitas alrededor suyo. — ¡Aquí, en el monte, se está más libre, se respira mejor! Hay más espacio...

Y de nuevo se quedó preocupada.

—Lo malo es, — continuó, con voz seria y frunciendo ligeramente la frente y las cejas; — lo malo es, que de aquí, del monte, todo se lleva para vuestra ciudad... Arboles y leña, carbón y nueces, toda clase de fruta; hongos, trigo, lino, animales y remedios... hasta los pequeños abedules para la Navidad. Durante todo el año, todo, todo lo llevan... Cierto que no puede ser otra cosa. Sin leña vosotros con todos vuestros espejos os helaríais en el invierno; sin el pan, os moriríais de hambre. Así es: nuestro monte todo lo da y la ciudad todo se lo lleva, y lo lleva ligero... No sé si la ciudad sola todo lo consume o si lo envía más lejos por los mares; ¡quién sabe! ¿No puedes tú, señorita, explicármelo?

Lina movió la cabeza negativamente.

—No sería malo, — siguió perorando la carbonera, — que se lleven todo, si lo precisan... Me da pena que ustedes, los de la ciudad, no nos manden nada...

—¿Cómo nada? — repuso con calor Lina. — ¿Cómo nada?... De la ciudad también les mandamos todo.

—¿Qué es "todo"? — preguntó severamente Marucia, echando atrás sus cabellos negros y mirándola seriamente.

—Y bien; la pollera que llevas... Este género viene de a ciudad, ¿verdad? — dijo Lina, tirando de la pollerita.

—¡No! — contestó Marucia bruscamente. — Tata sembró lino, yo lo arranqué, lo trabajé... Durante el invierno hice el hilo, la tía Martha me lo tejió, en la aldea me lo tiñeron. Y luego, en horas libres de trabajo, cosí esta pollera...

—Bueno, — dijo la señorita, — ¿pero, el te lo toman ustedes con azúcar?

—¿Te?, raras veces... Cuando voy a casa del tío Mateo, pero, sin azúcar... con miel... ¿Sabes que la miel la hacen aquí las abejas, de flores forestales y campestres... El te, oí decir, se trae de muy lejos, no es de nuestra tierra... ¡Parece que allí crece en los montes!...

—El azúcar se hace en la ciudad, — observó Lina.

—¿De qué se hace?... Lo he visto; es blanco.



"Los árboles empezaron a ralear"

—El azúcar se hace de caña de azúcar; también de remolacha, — siguió explicando Lina.

—¡Hum! Pero, la remolacha crece aquí... Es cierto que las cañas de aquí no tiene azúcar; no quiero mentir; pero, allí, donde crece la caña de azúcar, no debe ser ciudad...

¡Y, bueno! — murmuró muy confundida Lina. — Pero, en la ciudad, en ustedes...

cambio, se estudia, y los sabios van con

—¿Dónde están? — preguntó con gran asombro Marucia.

—¿Cómo, "dónde"? — impacientóse Lina, sintiendo que perdía terreno ante la carbonera.

—No he visto ninguno — contestó enérgicamente Marucia, moviendo la cabeza.

Y si alguno de aquí va a la ciudad para estudiar, no vuelve más, se queda con ustedes...

—¿Y los médicos, los maestros y los funcionarios públicos? — insistió Lina. Los médicos les curan, los maestros les enseñan en las escuelas...

—No tenemos médicos, aquí, a los enfermos los atiende la tía Martina.

Tampoco tenemos maestros... enseña el viejo diácono (1). Tata quiso mandarme para que me enseñara a leer, pero me negué, porque los muchachos dicen que el diácono bebe y pega a los niños y no enseña nada...

—¿Entonces no sabes leer, ni escribir? — interrumpióla Lina.

—No, no sé...

Y Lina le relató muchas cosas de geografía y de historia que Marucia escuchaba con gran interés.

Al rato dijo:

—Sin embargo, ustedes, los de la ciudad, no podrían vivir sin nosotros, mientras que nosotros... podemos hacerlo... Imagínate que desapareciéramos de golpe; que nos tragara la tierra... Nada tendrían ustedes: ni pan, ni leña, ni fruta, ni caza... Y si la tierra les tragara a ustedes, nosotros nos quedaríamos con más cosas. ¿Comprendes, ahora?

Lina confundida, acabó por no entender nada. Sólo se sentía muy pequeña, débil y hasta tonta al lado de esta muchachita valiente, viva e inteligente, hija de un simple carbonero, que se hacía ella misma la comida y el vestido, se procuraba golosinas y se divertía sin ayuda de nadie.

En este momento Marucia miró el sol, atajándose los ojos con las manos; y dijo que pronto sería el mediodía y que era hora de almorzar.

Marucia sabía precisar las horas del día por la altura del sol; de noche, por las estrellas y por la luna...

Cuando las niñas volvieron a casa, el carbonero ya había preparado el almuerzo.

Cuando el sol empezó a declinar, Lina, por fin, se acordó de su abuelita y que era hora de volver a casa.

Marucha, con toda naturalidad, ofrecióse para acompañarla.

Antes de irse, Marucia, muy gentilmente ,ofreció a su amiguita una canasta de paja rústica y que no tenía nada de lindo ;pero era sólida y estaba tejida por ella misma.

En el camino, Lina invitó a Marucia a que fuera a visitarla a la ciudad, prometiéndole llevarla a muchas partes, enseñarle muchas cosas, convidarla con bombones y masas. La carbonera la escuchaba sonriendo, luego agradeciendo la invitación, le declaró que la ciudad no le gustaba y le tenía miedo...

—¡Cuánta gente sana se va todos los años a la ciudad! Pero no muchos vuelven igual como se han ido.

Al tío Klim, no sé dónde, le arrancaron un brazo. Vasili volvió sin una pierna... Justina, mientras vivía aquí estaba sana, gruesa y rosada; a los pocos meses de haber estado en la gran ciudad, volvió desconocida, hecha pura piel y huesos!...

—No, niña, no me llames, no iré a tu ciudad. ¡Mejor ven tú a nuestro monte!...

Los árboles empezaron a ralear y las amigas llegaron al puentecito improvisado, donde Lina pasara momentos tan angustiosos. De nuevo, la carbonera transportó a la señorita en brazos al otro lado del riachuelo y aquí Lina acordóse que no había obsequiado a su amiga silvestre con ningún objeto a cambio del canasto de paja.

—¿Qué podría dejarle como recuerdo? La sombrilla no le serviría, pues andaba en cabeza y sin guantes. ¡La cinta azul! — esta sí, y desatándola de su cabeza se la ofreció cariñosamente.

Marucia se la aceptó con placer.

—Es linda, ¡gracias! — dijo admirándola. Y luego, desabrochando su camisa, sacó una medallita que guardaba en su pecho trigueño, y desatando un viejo cordón, lo reemplazó por la linda cinta que volvió a guardar dentro de su ropa.

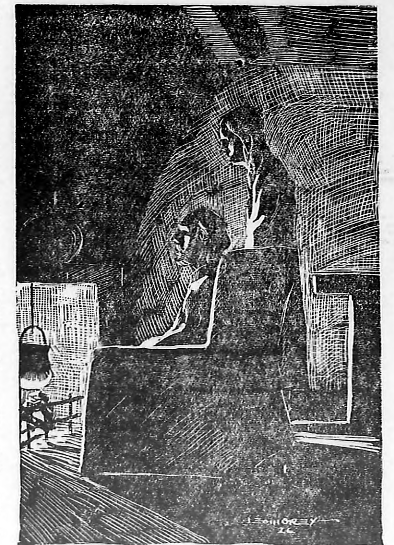
—¡Bueno, gracias, adiós !Tata me está esperando.

Abrazó a Lina dándole tres besos, y agitando la manita se fué corriendo en dirección al monte. Durante un rato, Lina distinguió aún, a través de los árboles, la pollerita roja de su amiguita. Cuando Lina cruzó el puente del río, "El Rápido", y subió los escalones del parque de su abuelita, ya era de noche. La luna iluminaba con su luz plateada el parque y sus alrededores. Muy confusamente se divisaba, muy lejos, el monte; pero ya no llegaba más hasta ella su misterioso murmullo...

Lina detúvose y se sintió invadida por una gran tristeza; de repente estalló en un amargo llanto y... llorando se hizo la promesa de no olvidar jamás aquella buena gente del monte; y cuando fuese grande trataría de que a cambio del pan, de la leña, del lino y de muchos otros productos que la campaña provee a la ciudad, se le enviase maestros y se hicieran muchas escuelas.

Pasaron años, y Lina cumplió con su promesa; primero, estudiando e instruyéndose mucho acerca de la gente que trabaja; y luego puso en juego su inteligencia y su energía para que se establecieran escuelas, bibliotecas, salas de lectura y se enviasen libros adecuados para el campo...

(1) Cura párroco.



"De noche, prendemos en nuestra casita el candil y..."

EL PERRO RABIOSO

El cabo Lossam era incorregible; así es que a consecuencia de una de sus calaveradas fué enviado a una de las compañías de spahis, en la frontera sur de Túnez, cerca del Sahara.

Las únicas diversiones que allí tenía eran los paseos en el oasis, escaramuzas con los árabes y esto era todo.

A los seis meses de esa existencia, no podía más. Soñaba con volver a Francia, y sobre todo a París; mas ¿cómo lograrlo?

Ya la desesperación le aconsejaba cualquier disparate irreparable, cuando el azar vino en su ayuda, en forma de una circular del general comandante de la división.

Esa circular, enviada a todos los jefes, les ordenaba enviar con urgencia al Instituto Pasteur de París a todos los militares bajo sus órdenes, que hubieran sido mordidos por un perro sospechoso de padecer hidrofobia.

El cabo Lossam vió el cielo abierto Aprovechó la primera ocasión para hacerse morder en la mano por una perrita sana, pero de muy mal genio, perteneciente al capitán de la compañía y chorreando sangre de los dedos se presentó al médico mayor, delatando a un perro vagabundo que solía ir a comer las sobras del rancho.

El pobre animal fué capturado y ejecutado, se extrajo su cerebro y se introdujo en un pequeño bocal con alcohol, encargándose al cabo mordido que presentara ese frasco en el Instituto Pasteur de París.

Después de tres días y tres noches de penoso viaje a caballo, llegó Lossam a Medenia, donde el comandante superior, sin permitirle acercarse mucho, le dió los documentos necesarios para su embarco en el puerto de Gabés.

—Bien jugado — pensó el cabo al verse a bordo; — se reconocerá en el Instituto Pasteur que el perro no estaba rabioso, se me dará un permiso y ya buscaré influencias para no volver a Túnez.

En el barco se encontró con un maltés, a quien había conocido en París. Bien pronto renovaron su amistad, pero se guardó de hablarle de la mordedura.

Al llegar a Malta, su amigo lo invitó a que bajase a tierra con él. Conocía todos los rincones alegres de la población, y el barco hacía escala diez y ocho horas. Lossam bajó con su inseparable frasco y pasaron el tiempo muy a su satisfacción.

Pero cuando ya se disponía a regresar al buque, vió con terror que había perdido el bocal. ¿Dónde? ¡Cualquiera lo sabía

Asustado, no tuvo más remedio que franquearse con su amigo y éste lo tranquilizó.

—Eso no es nada — le dijo — por tres o cuatro francos, haremos que cualquier dependiente de carnicería mate a cualquier perro de los que rondan por los puestos y tendrás unos tan buenos como los que has perdido.

Media hora después Lossam volvía a bordo con un cerebro flamante en alcohol a los cinco días estaba en París.

Después de haber descansado y hecho presentación de sus documentos a las autoridades militares, que se apresuraban a despacharlo en seguida, por temor de que los mordiera en un acceso de rabia, se dirigió al hospital militar, donde se hicieron cargo del frasco, colocando a Lossam en la enfermería.

Durante los tres primeros días nada sucedió de particular. El presunto enfermo disfrutaba la vida de holganza, que tan bien se acomodaba a su vocación, y se consideraba feliz por el éxito de su embrollo.



Soñaba con volver a Francia, y sobre todo a París. Más, ¿cómo lograrlo?

Pero al cuarto día de su entrada en el hospital, el médico jefe hizo llamar al cabo y le dijo con tono compasivo:

—Buen hombre, no se asuste por lo que voy a decirle, pues no se trata de una cosa irremediable, ni mucho menos; pero acabo de recibir el informe del Instituto Pasteur, y el doctor que ha analizado el cerebro del perro afirma que este animal estaba rabioso a más no poder.

Un rayo que hubiera caído sobre la cabeza de Lossam no le hubiese aniquilado más que esta noticia... ¡Cómo! haber perdido el cerebro de un perro muy sano para reemplazarlo por el de un perro hidrófobo! Esto era demasiado fuerte.

—¡Pero es imposible! — exclamó en un acceso de desesperación.

—¡Cuidado! No se sobreexcite usted así, o creeré que es ya demasiado tarde. Piense usted que los sabios no pueden engañarse en estos análisis, y ojalá el tratamiento que vamos a emprender en seguida nos dé buen resultado. Todo se reduce a unas inoculaciones de suedo antirrábico durante tres semanas, al cabo de las cuales creo que tendremos vencida la infección, y si en ese tiempo no se han presentado síntomas, quedaría usted tranquilo y en libertad.

Hay que esperarlo todo de la ciencia.

El cabo Lossam comprendió que se había pillado los dedos contra la puerta. Y con las orejas bajas, obligado a callarse so pena de ir a presidio, no tuvo más remedio que sufrir cuarenta y dos inyecciones dolorosísimas, a razón de dos por día.

VIATOR.

EL CALOR DE LA CABEZA Y LOS SOMBREROS



1 El sombrero de copa, ridículo e incómodo, es relativamente fresco. 2 El "Panamá" es el más caro de los sombreros, pero también el más fresco. 3 El sombrero de paja, goza de una frescura intermedia. 4 La gorra de viaje, es más calurosa que el sombrero de copa. La gorra japonesa, la más calurosa

¿Cuál es el sombrero que da menos calor y por consiguiente, es más a propósito para el verano?

El problema es interesante, no sólo desde el punto de vista de la comodidad, sino también y muy principalmente, de la higiene. Al uso del sombrero se han atribuído y se atribuyen más males que los que se escaparon de la caja de Pandora: la calvicie, la locura, la miopía y no sabemos cuántas cosas más. Los que tal afirman aducen como argumento, que las razas que llevan siempre descubierta la cabeza, no padecen esas afecciones; y en efecto, ¿quién ha visto a un bosquimano con lente, ni a un cafre calvo?

Para averiguar cuáles son los sombreros que dan más calor a la cabeza, se han hecho experimentos decisivos. Un día en que el termómetro marcaba [illegible] centígrados al sol se puso al aire libre, durante un cuarto de hora, a un hombre de buena salud y de carnes y estatura medianas, teniendo la cabeza cubierta con un sombrero de Panamá, o jipijapa (como antes se llamaba), dentro del cual había colocado un termómetro muy sensible. Al cabo de los quince minutos el instrumento marcaba sólo 20'4o centígrados. Con el mismo hombre, el mismo día, en igual forma y manteniéndose en 26'6o centígrados la temperatura al sol se hicieron otros experimentos con diversas clases y formas de sombreros y gorras.

Dentro de un sombrero de paja de forma tirolesa, el termómetro señaló 21'3o centígrados o sea uno escaso más que con el Panamá. Se comprobó, por lo tanto, que un sombrero de esa clase que viene a ser como un hongo flexible de paja, conserva la cabeza casi tan fresca como un jipijapa y cuesta mucho más barato que éste.

En realidad, el peso del sombrero y la finura de su material, influyen bastante en la temperatura que se desarrolla en su interior, una vez puesto en la cabeza.

La diferencia de temperatura entre el sombrero de paja duro, de copa aplastada y ala corta recta, que ahora es el que más se usa y el de paja flexible y copa más levantada, de que hemos hablado antes, es la misma que la que existe entre éste y el Panamá: un grado escaso. De modo que, dentro del sombrero de paja duro y bajo, se desarrolló un calor de 22'6o centígrados, o sea 2'2o más que en el jipijapa.

En orden de frescura, siguen a los sombreros de paja, los de fieltro, flexibles de copa algo levantada como los tiroleses y los que se usan bastante para viajes veraniegos, blancos o de tonos grises claros; pero aun así, dentro de ellos, la temperatura es de 24o centígrados o sea 3'6o más que en el Panamá.

Los experimentos de que venimos dando cuenta han revelado que el sombrero de copa, a pesar de su aspecto de terrible instrumento de tortura, no es tan absurdo como se venía creyendo generalmente.

MARES DEL POLO

Sabido es que los mares polares son menos salados que los demás y generalmente se atribuye este hecho a la abundancia de nieves y a su fusión en primavera. Pero según Herr Volekof, apenas interviene este fenómeno y la explicación es muy diferente.

Las aguas poco saladas y ligeras se hielan más pronto que las más saladas, con las cuales no pueden mezclarse por esta causa. En primavera, cuando sería posible la mezcla, viene a aumentar la capa superficial de agua dulce la enorme cantidad de agua de los ríos, helándose en el invierno siguiente, tan perfectamente que jamás se opera una mezcla homogénea en los mares polares de aguas de diferentes densidades.

En América hay ciudades que permanecieron sepultadas decenas de siglos

Desde el año 1916, el American Museum de Historia Natural, de New York, prosigue excavaciones del más alto interés para la historia pre-colombiana del Nuevo Mundo. Se trata de las ruínas situadas en el Nord-Oeste del estado de Nuevo Méjico a las cuales se ha dado el nombre de Aztec Ruin.

Algunas fotografías muestran el estado de los trabajos, de las que se desprende el interés que se asigna a esas ruínas y su excavación. Si empezamos a ver claro en los orígenes de la civilización euroasiática (término forjado para recordar que Europa y Asia pertenecen a la misma masa continental) estamos mucho más atrasados en lo que concierne a nuestra América, que, decididamente merece, desde todos los puntos de vista, su sobrenombre de Nuevo-Mundo.

De un modo general, los antropólogos y los arqueólogos se han puesto de acuerdo sobre un punto: América estuvo poblada por razas venidas del continente asiático.

¿En qué fecha inmigraron a América? Esta fecha memorable en los anales del género humano debe fijarse con mucho retroceso.

El movimiento de inmigración se produjo ciertamente en una época en que las razas humanas no habían aun depasado el estado de "cazadores nómadas", careciendo de toda noción de agricultura.

Y es necesario decir aquí que la agricultura, que permite a los hombres residir en una región y agruparse en sociedades, es la verdadera "madre de la civilización".

Cuando esas muchedumbres se destacaron de las que poblaban el Nor-Este del Asia, el hombre no había aun aprendido a domar y a domesticar las bestias salvajes. Así, a la llegada de los españoles al Nuevo-Mundo, los indígenas no poseían ni caballos, ni bueyes, ni gallinas. No poseían otros animales domésticos que las llamas (en las montañas de Perú) y el perro (un poco por todo en las dos Américas).

Este último detalle bastaría para demostrar que esas multitudes se desterraron en una época en que la raza humana no vivía más que de los productos de la caza, porque el perro fué domesticado en Europa (y probablemente en Asia), desde la edad de la piedra tallada.

Es digno de observación que los americanos precolombianos ignoraban el uso de vehículos de ruedas, del arado, del torno de alfarero, y de otras invenciones conocidas desde un tiempo inmemorial por los coreanos, los chinos, los japoneses, prueba manifiesta que la dispersión se efectuó antes de la aparición de estas invenciones fundamentales.

Por estas constataciones, y otras que nos ocuparían demasiado lugar, llegamos a la conclusión que las razas del Nuevo-Mundo permanecieron sin contacto con las razas euro asiáticas durante un período que no debe ser inferior a seis mil años.

Cuando se mira de tal alto la historia de nuestra civilización, se constata que se desarrolló, o que nació, en las regiones que forman como un puente entre la masa continental euro-asiático y el continente africano.

En efecto, fué en esas regiones intermediarias que brillaron sucesivamente las antiguas civilizaciones del Egipto, de Babilonia, mientras que, lejos de estos imperios, se encendía en China otro foco de civilización independiente de los primeros.

¡Es sorprendente que el Nuevo Mundo ofrezca un espectáculo idéntico! Es en la América Central, puente de unión de los dos continentes americanos, que encontramos los dos grandes focos de civilización americana: el de los Mayas, en el Yucatán y Guatemala, y el de los Nahuas (grupo étnico del que formaban parte los aztecas), en el valle de Méjico.

Y, para que la comparación sea científicamente exacta, encontramos, allá también, otro foco, el de los Incas en las montañas del Perú.

Volvamos a las regiones del Nuevo Méjico. Si los sabios que lo exploran descubrieran un día alfarería esmaltada, u objetos de vidrio, toda la historia arqueológica del Nuevo Mundo tendría que ser escrita de nuevo.

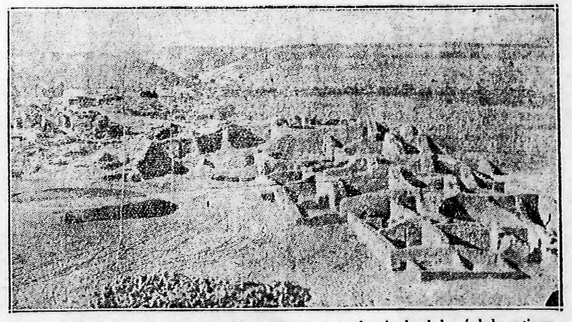
Se calcula que esta ciudad antigua, recubierta de un sudario de tierra y de residuos desde hace lo menos veinte siglos, debe contar al menos trescientas casas o cámaras, más de un cierto número de kivas, o templos subterráneos.

Hasta ahora los objetos hallados no difieren sensiblemente de los que han proporcionado las excavaciones efectuadas en el valle de Méjico, y se supone que esta ciudad, situada a muchísimos kilómetros de este valle, representa el punto extremo alcanzado en el norte por la civilización azteca.

Estos objetos se destacan por su belleza artística.

Se ha encontrado en las ruínas hojas de láminas de ágata y de quartzita, que debían ser empleados como cuchillos.

A los habitantes de esta misteriosa ciudad les agradaba pasearse con collares pesados que fabricaban con minúsculos discos tallados en una piedra negra y pacientemente agujereados. Uno de esos collares, reconstituído con no menos paciencia por los sabios, mide dos metros de largo, y cuenta más de 3.000 de esos discos. Otro cuenta alrededor de 31.000, y el hilo sobre el cual se los ha enhebrado tien un largo d 18 metros.



Ruinas imponentes, recientemente descubiertas, que muestran el esplendor de las ciudades antiguas

En fin, otros collares encontrados en las ruínas están hechos de conchillas, talladas de un modo tan artístico como diestro y presentan los más variados matices. Conviene señalar más particularmente bellos pendentifs, hechos de grandes discos de conchilla de nacar. La cara convexa está ornada de lindos mosáicos con la ayuda de pelos, frogmentos de piedras preciosas o raras, de contornos geométricos.

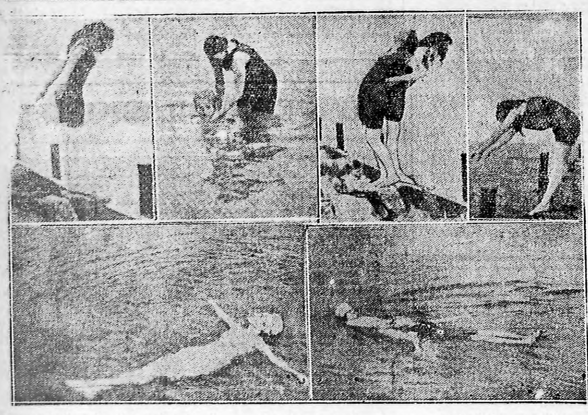
Veinte de estos pendentifs se encontraron sobre un solo esqueleto.

La enorme cantidad de objetos descubiertos, parece una prueba de que la ciudad fué atacada de improviso por hordas salvajes, y que los habitantes que pudieron huir lo hicieron tan precipitadamente que abandonaron todos sus bienes.

Los exploradores pudieron identificar los esqueletos carbonizados de un adulto y de cuatro niños.

¿A qué época remnta la fundación de esta ciudad? En el estado ctual de los trbajos, es imposible responder a esta pregunta. Mejor informados sobre la fecha de su destrucción no puede remontar más que un millar deaños.

Las niñas deben practicar la natación, pues es un ejercicio que da mucha simetria al cuerpo



De izquierda a derecha, arriba: Los brazos atrás. 2 sosteniendo a la que aprende. 3 La zambullida en grupo de dos. 4 Para zambullirse desde una altura. 5 Nadando de espaldas. 6 Remolcando a una persona desmayada

Cada año aumenta considerablemente el número de las señoras, niñas, hombres y niños que aprenden verdaderamente la natación. Debemos alegrarnos, aunque a pesar nuestro no sepamos nadar, porque mirando desde cualquier punto de vista, la natación es un sport excelentísimo. Y además de ser bueno para los nervios y la salud en general, pueden presentarse ocasiones donde puede uno salvarse la vida a sí mismo y a sus semejantes.

Los baños de natación públicos son muy raros en las ciudades, y la mayoría de las personas sólo tienen la ocasión de practicar ese sport durante la estación de verano junto a las playas marítimas.

Toda persona sana puede aprender a nadar; sin embargo, es preferible consultar a un médico antes de dedicarse a ese sport, porque la mayoría de los accidentes que les ocurre a los bañistas son debido a una debilidad física desconocida.

Las mujeres deben amar la natación, porque ese ejercicio da mucha simetría al cuerpo; todo se desarrolla con la natación: los músculos, el coraje, la sangre fría. La naturaleza favorece también a las mujeres para la natación porque ellas flotan más fácilmente, debido a que tienen los huesos más livianos.

Los baños de natación no son tan sanos como los del mar, pero tienen la ventaja de ser más cómodos para conocer la más rudimentaria de la natación, aprendiendo las diversas fases del modo de poder nadar más fácilmente y con mayor seguridad.

Nada mejor que la natación para fortificar los músculos, desenvolver el pecho y embellecer todas las formas del cuerpo.

La cuestión del traje es muy importante para las mujeres, pues ellos son a veces, no solamente incómodos, sino peligrosos.

En Inglaterra y en las demás playas europeas elegantes, todas las nadadoras llevan comúnmente combinaciones, lo mismo que para nadar seriamente llevan el traje de lana.

Se habla mucho de la ventaja que hay en aprender los movimientos de la natación, en tierra antes de entrar en el agua. La eficacia de ese sistema es relativa, porque no da el valor necesario para los que quieren realmente nadar; eso de aprender los movimientos en tierra sólo puede ser considerado como una preparación de importancia relativa para el aprendizaje de la natación. Antes de bañarse en una playa desconocida, es necesario no olvidarse jamás de tomar informes respecto a la profundidad del agua sobre la playa, como igualmente si hay corrientes o rocas cerca de ella.

No se debe permanecer más de medio hora en el agua. Es necesario no bañarse demasiado pronto después de una comida; no se debe nadar si uno se siente fatigado, pues lo único que se haría nadando es aumentar la fatiga; no se debe nadar en las aguas profundas si antes no se está bien seguro de uno mismo.

Saliendo del agua es bueno frotarse vigorosamente y vestirse; si una vez abrigado se siente algo de frío, con darse un buen paseo a pie se activa la circulación, reaccionando inmediatamente.

Hay diferentes modos de nadar, por lo cual nos permitimos indicar los más simples. Imaginémonos que queremos aprender a nadar sobre la playa, al borde de la mar: los movimientos de los brazos pueden aprenderse solos, sin ninguna ayuda, pero para las piernas es necesario la ayuda de alguna amiga o de algo donde uno pueda apoyarse.

Para aprender los movimientos de los brazos, la nadadora debe entrar en el agua hasta que le llegue a los sobacos las manos contra el pecho, la palma hacia abajo, cerca de la superficie del agua; se echan en seguida las manos hacia adelante, los brazos extendidos como lo indica nuestro grabado; después se hace una especie de semicírculo, simultáneamente, hacia debajo del agua hasta que forman una línea con las espaldas; se juntan las palmas de las manos, se hace rápidamente una curva con los codos para traerlos nuevamente contra el cuerpo, para quedar en la primera posición y conservar de nuevo el mismo movimiento.

En el primer momento del aprendizaje el movimiento de las piernas parece un poco más difícil. El mejor medio es tener un amigo provisto de un palo del largo de un mango de escoba. El alumno tendrá el palo, colocándose horizontalmente en el agua, las piernas apretadas una contra otra, los pies vueltos hacia afuera. Una vez el cuerpo en buena posición, es necesario echar el pecho hacia adelante y la cabeza hacia atrás; se pliegan entonces las piernas, las rodillas separadas, pero los pies se tocan con la planta, junto a la superficie del agua; en seguida se abren bruscamente las piernas y se vuelven a cerrar para tomar la primitiva posición.

La más grande dificultad para los debutantes es la de combinar el movimiento de las piernas con los brazos, esto es debido a que falta regularidad en la respiración; esta dificultad desaparece si el nadador principiante se provee siempre de respiración en el momento que arroja los brazos hacia adelante.

Mientras se aprende a combinar los movimientos de las piernas y los brazos es bueno tener un amigo que lo sostenga, en la forma que lo indican los grabados, y los dos deben avanzar al mismo tiempo.

Los buenos nadadores dan siempre mayor propulsión con las piernas; los brazos sólo le sirven para mantener el equilibrio del cuerpo y a dirigirlo.

Muchos debutantes cometen el error de hacer mayores esfuerzos con los brazos, que sólo le sirven para mantener el más pronto movimiento, retardando con ello sus progresos en el arte de la natación.

Es necesario mayor espacio para describir otros movimientos de la natación pero nada es mejor para conocerlos que una demostración práctica, equivalente a un aprendizaje más seguro.

LOS TRES DEPENDIENTES DE ALMACEN



La facha de M. Petitpois era característica. Era todo vientre y todo cabeza: un melón terminado en un tomate. Esa masa estaba sostenida por dos piernecitas como espárragos y coronada por un gorrito rojo como un casquete de naranja.

M. Petitpois era malicioso y desconfiado; temía los manejos de sus dependientes y los vigilaba sin cesar. Esto le fatigaba mucho, porque era un furibundo lector de periódicos y la política extranjera no tenía secretos para él. Para espiar a sus dependientes se veía obligado a interrumpir a cada paso sus lecturas, y esto le ponía enfermo. Su bello ideal era tener un primer dependiente honrado, en quien pudiera confiar ciegamente.

Le recomendaron a uno de aspecto serio y hasta duro, al que dió cuenta de sus zozobras.

—Señor — dijo el aspirante, — tengo el medio infalible de aseguraros para en adelante la probidad de los empleados. Los más inclinados al merodeo se convertirán en ángeles.

—¿Y qué medio es ese?

En pocas palabras el recién llegado expuso a M. Petitpois un plan, que fué aprobado sin reserva.

—Queda usted nombrado jefe del personal — dijo. Y haré la experiencia que me indica desde fin del mes corriente.

En efecto, a fin de mes cada uno de los tres antiguos dependientes pasó a cobrar a la caja y recibió un rollo de piezas de dos francos, que se metieron en el bolsillo, sin tener la indelicadeza de hacer el muy prolijo recuento delante de su patrón.

Pasó el día sin incidente; pero a la otra mañana se vieron convocados a una conferencia con el almacenero.

—Señores — dijo éste — falta un luis de oro en mi caja. Supongo que habrá sido puesto por equivocación en alguno de los paquetes de monedas de dos francos que entregué a cada uno de ustedes. Si es así, me extraña que aquel a quien haya correspondido no me haya avisado.

Los tres dependientes se miraron, y uno tras otro dijeron: "No soy yo".

—¡Muy bien! — dijo M. Petitpois — eso es lo que vamos a ver. Salgan todos, a excepción de Julián. Ya los iré llamando.

Una vez solo con Julián, el patrón cerró la puerta, tomó un vidrio cuadrado de regulares dimensines, cubierto de una capa de negro de humo, y dijo al dependiente:

—Este vidrio, descubierto por el americano Mr. Crowney, tiene una propiedad curiosa, y es que si extiende sobre él la mano una persona cuya conciencia esté intranquila, deja en la marca ciertas contracciones involuntarias, fácilmete perceptibles. Sírvase usted poner la mano bien extendida sobre el vidrio. En seguida estudiaré la impresión y examinaré las alteraciones producidas en las curvas de nivel por el estado de conciencia en que usted se encuentre al colocar la mano sbre este vidrio misterioso. Si usted se ha guardado la moneda de veinte francos habrá un entrecruzamiento de líneas característico, que no se me puede escapar. Si, por el contrario, es usted inocente, las líneas tomarán otra forma: en fin, la cuestión es que yo conoceré en seguida si tiene usted o no que ver en el extravío de la moneda de oro.

Julián obedeció, no sin vacilaciones. El patrón examinó unos momentos la impresión de la mano y exclamó de pronto:

—¡El luis de oro estaba en el rollo de usted!

Julián inclinó la cabeza, confundido.

—Señor mío — dijo entonces el patrón — yo podría enviarle a los tribunales, pero no lo haré. Tampoco quiero, por ahora, despedirle. Pero (y aquí su voz se hiso grave y paternal) yo espero que en adelante la conducta de usted será irreprochable. Además, cuando yo tenga cualquier duda, me bastará repetir esta prueba, y si el resultado fuera desfavorable, procedería con todo rigor. Ahora, sería de muy mal efecto que sus compañeros le creyeran culpable. No les diga una palabra, y, para quitarles toda sospecha, envíemelos uno por uno.

Julián salió y bien pronto entró Luis, otro de los dependientes.

Se renovó la misma escena y ¡cosa extraña! tuvo el mismo resultado. Luis era también culpable, y lo confesó humildemente. Y cuando llegó el turno del último, llamado Manuel, quedó también convicto y confesó de haber hallado un luis de oro en su rollo de piezas de plata.

Ya se habrá comprendido que, siguiendo el consejo del nuevo dependiente mayor, el astuto almacenero había deslizado un luis en cada rollo.

M. Petitpois se frotó las manos, muy satisfecho. En adelante, sus dependientes, atemorizados, serían de una probidad ejemplar, y él podría consagrarse del todo a la política extranjera.

En efecto, desde ese día, en vez de vigilar a sus empleados, les dejó con la mayor serenidad la más completa de las libertades.

Inútil es decir que ellos se aprovecharon para llenar sus bolsillos con la mayor frescura y desvergüenza.

El nuevo dependiente era un cómplice de los otros tres, y de acuerdo con ellos, había sugerido al patrón el famoso golpe del vidrio.

El astuto almacenero cayó en la trampa que él mismo había preparado.

Esteban JOLICLER.



METALES EN EL MAR

Sabido es que el agua del mar contiene en suspensión diversos metales en un estado de división extrema. En diversas ocasiones se ha llegado a proponer la recolección del oro contenido en el Océano, pero hasta ahora se ha considerado poco remuneradora semejante empresa.

Sin duda para estimular el celo de los químicos que tratan de resolver la cuestión, un ingeniero americano, Mr. Blackmore ha publicado unas cifras precisando el valor del agua del mar. Según el mencionado ingeniero, un kilómetro cúbico de esta agua contiene cerca de once millones de pesos en oro, diez millones en plata y setenta y cuatro millones en ioduros.

Peripecias de un Amateur Detective

Si alguien sabe cómo se debe hacer el trabajo del "detective", esa persona es vuestro humilde servidor. Estoy lejos de decir que haya tenido éxito en todos los casos de que me he encargado, pero, en fin, esta historia les demostrará que no es así.

Mis grandes habilidades naturales (valor, recursos y sangre fría) me han puesto en condiciones para la vida del "detective" privado y mi variada práctica ha estado grandemente en mi favor.

Yo estudié para militar y hasta me raparon la cabeza, pero no acepté una comisión por razones que no es necesario mencionar; entonces dirigí mi atención hacia la carrera del derecho y después de haber hecho el curso en el estudio de un abogado, me preparé para el examen, pero... creo que debí perder todo el interés por la materia; la cosa es que no perseveré en mis esfuerzos por pasar, después del séptimo disparate. Con este motivo, mi tío y tutor se enojó e hizo algunas inexplicables observaciones (para mí de muy mal gusto) sobre los "borriquitos de cabezas vacías" y "fatuos badulaques" que se creían demasiado hábiles para tener que recurrir al trabajo.

A mí me importó poco de todo y comuniqué a mi tío Jorge mi decisión; él me tomó la palabra y prontamente me dijo que si yo me negaba a trabajar él se negaba a pagar; que él no se tomaría más interés por mi carrera y que aunque yo viviera doscientos años, me vería perecer antes que darme un centavo.

Justamente por esa época, habían caído en mis manos algunas historias conmovedoras de "detectives", que me leí de cabo a rabo. Esta es, sin duda, mi vocación, me dije. ¡Eureka! ya la he encontrado, descubriré crímenes, ayudaré a duquesas desgraciadas, en fin, ni aun las testas coronadas desdeñarán mi ayuda era un programa completamente seductor.

Un año después (hay que pensar estas cosas bien antes de llevarlas a la práctica), me decidí a aparecer como "detective" particular.

Alquilé una pequeña oficina y un muchacho más pequeño aún, que debía actuar como dependiente, coloqué mi nombre en letras blancas a la puerta y me senté a esperar mi clientela. Los clientes no venían, así es que probé a poner un aviso en los diarios e inmediatamente llegó el primer solicitante de mis servicios; era una señora; no una duquesa (la duquesa vendría sin duda más tarde).

Esta respetable dama era de incierta edad y parecía de humor un tanto avinagrado. Antes de sentarse en la silla de los clientes, le quitó cuidadosamente el polvo con el pañuelo.

—No parece que está usted muy ocupado, señor Hardbabre,—dijo con desconfianza.

—En esta oficina no; en el otro sitio...—dije yo vagamente.

—Esto la impresionó. No sabía lo que significaba "el otro sitio... ni yo tampoco; pero bastaron esas palabras.

—Y ahora, señora, ¿su asunto?—le pregunté.

—El inspector de Scotland Yard me dijo que estaba cansado de mí y de mi asunto y que me podía ir al diablo; así es que he venido a usted—declaró la señora confidencialmente.

Yo me incliné. De una manera o de otra sus palabras no resultaban muy halagadoras, pero estoy seguro de que fueron dichas con buena intención.

—Scotland Yard no vale—declaró con decisión.

Yo dejé por algunso momentos que vagara en mi rostro una sonrisa de condescendencia.

—¡Oh!—dije—no seamos demasiado severos con ellos; hacen lo que pueden, sus métodos son algo antiguos: eso es todo; no son como el "detective" científico de ahora. Ellos no han tenido mi escuela.

Entonces, viendo mi oportunidad, la miré fijamente y le dije:

—Por supuesto, mi querida señora; aunque usted es una extraña, resulta perfectamente claro para mí que usted es una doncella de alto origen y de sanos principios en cuanto a religión, usted usa anteojos cuando lee y trabaja, ha venido hoy a pie a esta oficina y nunca ha visto el interior de un hotel.

Mi interlocutora se quedó manifiestamente asombrada de mi despliegue de penetración profesional.

—Es usted un gran observador, señor Hardbadre—me dijo pensativa—¿tendría usted inconveniente en decirme cómo puede saber todas esas cosas respecto a mí?

El cumplimiento me agradó; me sonreí con aire de superioridad y me eché hacia atrás, en mi mecedora; desgraciadamente la pícara silla se volcó conmigo; di un salto mortal hacia atrás y caí en el suelo; pero no me apuré por eso; siempre pronto para aprovechar una oportunidad, afecté haberlo hecho intencionalmente y me quede con la oreja pegada a la alfombra, en actitud de escuchar.

—¡Ah!—exclamé después de unos momentos de silencio—todo está bien; creí que alguno estaba escuchando nuestra conversación. Tengo que hacer a menudo estos movimientos rápidos, para desbaratar las maquinaciones de mis enemigos.

Alisé mi desgreñado pelo y habiendo levantado la pérfida mecedora, recuperé otra vez mi asiento.

—Estaba usted por explicarme algo—empezó a decir mi cliente.



—Ah sí—dije yo le iba a manifestar cómo conseguí descubrir esos pequeños detalles de su vida; después de todo, el raciocinio y la deducción, son muy fáciles para un cerebro acostumbrado, como el mío, por ejemplo. Yo puedo ver por su apariencia general que usted es de alto origen...

—Bueno—dijo indecisa—mi padre era constructor de chimeneas.

—Eso es, ahí está; de "alto" origen—repetí yo vivamente. Juzgué que era usted soltera porque cuando se quitó el guante no quedó al descubierto ningún anillo de boda, y así lo demás (me había olvidado de lo demás, desgraciadamente); en verdad el asunto es demasiado sencillo para que necesite una explicación: pero sigamos. Discúlpeme si le recuerdo que soy un hombre que tengo tasado mi tiempo.

Una risa ahogada que se oyó fuera de la pieza, me hizo tomar la resolución de despedir al muchacho que actuaba como dependiente, aquel mismo día.

—Mi nombre—empezó a decir mi cliente hablando con cierta rapidez—es Dabster, Jane Dabster y tengo una excelente casa de huéspedes en el número 2 de la calle Pumpernickle Crescent; una vecindad muy formal.

—Un momento — interrumpí yo tomando la pluma — en esa excelente casa huéspedes creo que había un hombre que...

—Sí había — continuó ella sin prestar atención a mis palabras. Se presentó vestido como un clérigo y pagaba sus cuentas regularmente cada semana: pero ahora tengo razones para creer que es un lobo hambriento de ropa, un feroz león que busca algo que devorar.

—¿Tanto apetito tiene entonces? — pregunté sintiéndome algo mistificado.

—No, no es eso lo que quiero decir — se apresuró a explicar — las cosas son mucho más graves; algunos de mis mejores huéspedes se han quejado a mí privadamente, de que les faltaban algunas cosas; la mayor parte bagatelas: joyas dinero suelto y hasta ropa ha desaparecido.

—¿Tiene usted gato? — dije — pero la señora me interrumpió con decisión.

—No; esta vez no ha sido el gato. Ahora sé a qué atenerme respecto a mis huéspedes, con excepción de ese caballero, que, como lo he dicho, se viste como un cura. Hace tres semanas que está en mi casa y considero que es muy sospechoso...

—¿Cómo se ha quedado tanto tiempo?—pregunté.

La señorita Dabster dió un respingo y



yo me apresuré a excusarme y darle explicaciones. Ella se atusó sus desgreñadas plumas y continuó:

—Una circunstancia sospechosa también es que el otro día volvió de un meeting con un paraguas ajeno.

—¡Ah! — dije apresurándome a escribir — esto es algo conducente.

El verdadero dueño vino al día siguiente a buscar su propiedad y si mi huésped el Rev. Jecks (como se llama) se lo devolvió, fué probablemente porque no vió otra manera de salir del apuro. Mis sirvientes, estoy segura de que son perfectamente honrados, y en cuanto a mis otros huéspedes, están exceptuados de sospecha. ¿Qué piensa usted de todo esto, señor?—concluyó mi interlocutora.

Yo junté los dedos de mis dos manos por las puntas y me recosté en la mecedora, con mucho cuidado esta vez, pues no tenía gana de adoptar la misma posición de antes sobre la alfombra.

—Querida señora — dije — no le ocultaré que el caso que me ha expuesto, tiene muchas complicaciones. En primer término, haga el favor de seguir mi pensamiento lo mejor que le sea posible, si el cura no es un cura, sino una persona que se finge tal, será esta una circunstancia altamente sospechosa. Mi usual procedimiento de inducción y exclusión me permite ver que nadie puede haber robado las joyas y la ropa sino el cura... pero debemos proceder con cuidado; me voy a disfrazar, vigilaré sus movimientos y seguiré su pista sin más tardanza; ¿a qué hora acostumbra a salir de casa?

—A eso de las diez todas las mañanas regularmente.

—Haga el favor de informarme, señora, de lo que come en el almuerzo. Estas bagatelas son otros tantos datos conducentes para un "detective" hábil.

Me dió los informes pedidos con todos los detalles, apunté el domicilio, prometí estar listo para vigilar a mi hombre la próxima mañana y saludé a la señorita Dabster.

—En honor a mi celo diré que al día siguiente a las 9.45 me encontraba en el número 2 de la calle Pumpernickle Crescent. Iba desfigurado con una flotante barba roja, una peluca del mismo color y un par de anteojos azules. Seguramente se preguntará el lector: "¿Por qué disfrazarse cuando el hombre no lo conocía?" A esto contestaré que en nuestra profesión, nunca debe despreciarse el valor de las precauciones y sobre todo se tiene que ser misterioso.

Le esperé como media hora: al fin la puerta se abrió cautelosamente y salió un hombre. Caminaba de prisa (esto por sí sólo era sospechoso) y cuando sus ojos se posaron en mi barba y mi peluca rojas, dió un gran salto. Al pasar frente a mí, descubrí un curioso gesto en su cara: sin embargo, le seguí impasible la pista, resuelto a no perderle de vista ni un solo instante.

Caminó derecho y le seguí como un perro perdiguero a sus talones.

De cuando en cuando, se volvía y me miraba con expresión de asombro en sus lacrimosos ojos azules: pero yo no hacía caso de esto. Hubiera continuado cumpliendo con mi deber hasta la muerte.

—Mi hombre entró en dos o tres casas (todas ellas librerías) y después no se detuvo en ninguna parte, hasta que mandó parar un tranvía, al que saltó precipitadamente.

Si creyó que de este modo eludiría mi vigilancia, no contaba con el hombre que le seguía; había calculado mal los recursos de que disponía el hábil "detective" perseguidor; Evergreen Hardbabre, no era como para dejarse batir por una estratagema tan simple. Resolví averiguar sus designios y salté adentro también. Una milla más adelante, se bajó; lo mismo hice yo y le seguí algunas varas hasta que desapareció a la izquierda en un edificio de apariencia sombría. Empuñando mi pesado garrote, me dispuse a continuar mi persecución.

Al principio de la escalera, estaba clavada una placa de cobre con la inscripción siguiente: "Sociedad para la distribución de plantas y chanclos a los habitantes de las Islas Tonga". Me pregunté al punto si tenía en esto una pista. Ropa era lo que había faltado entre otras cosas en la casa de Pumpernickle Crescent. ¿No podía ser que hubiera tomado la ropa y la hubiese llevado allí donde podía vender fácilmente las prendas robadas?

En menos de media hora volvió mi hombre. Me oculté detrás de la esquina por un momento, y después saliendo de mi escondite, continué mi persecución.

Poco después, entró en una zapatería y pude ver mirando a través de la vidriera del establecimiento, que se estaba comprando un par de botines gruesos: no había en esto nada sospechoso, pues las calles estaban lodosas y húmedas.

Después le seguí hasta un resaurant, en el que me metí tras él. Almorzó una taza de te y un panecillo. Para evitar sospechas, pedí un bollo que me comí bastante contra mi gusto.

Acabé mi frugal almuerzo y en seguida salí a esperar otra vez a mi víctima.

Esta apareció al rato, mascando todavía.

Acordándome de las novelas de Fenimore Cooper, que había leído hacía años, me embosqué inmediatamente detrás de un buzón próximo: pero mi hombre me había visto, y con gran sorpresa mía, se dirigió derecho a mí y me preguntó con suavidad:

—¿Qué es lo que quiere de mí, querido amigo? Me he fijado en usted esta mañana en cuanto dejé mi alojamiento y desde entonces me ha seguido usted los pasos persistentemente.

Confieso que no sabía qué decir en semejantes circunstancias era una situación embarazosa.

—No quiero ser seguido de esta manera — continuó, — y especialmente por un hombre con un disfraz que se reconoce a la legua. Rara vez he visto nada tan altamente ridículo como esa barba y esa peluca rojas. Ahora váyase inmediatamente o llamaré a un vigilante y le entregaré a su custodia.

A decir verdad, estaba tan asombrado de aquel cambio de papeles, que sólo pude decir atropelladamente:

—¡Entregarme usted a un vigilante! Me gusta su imprudencia; ¿no ve que le he estado siguiendo, para espiar sus movimientos y...

—Y saltar sobre mí en alguna callejuela solitaria, para robarme el reloj—dijo él. Estoy seguro de que usted no es nada bueno, mi simpático amigo, y probablemente esa barba y peluca ocultan las facciones de algún sujeto conocido de la policía. Venga, agente, — gritó a un vigilante que pasaba. — Le entrego este hombre como individuo sospechoso. He aquí mi tarjeta soy capellán del obispo de Haughyoshire. Estoy dispuesto a declarar contra él en la comisaría, si usted se dirige a la calle Pumpernickle Crescent núm. 2.

—Pe... pero — dije yo — vigilante; ¡deténgase! El vigoroso agente me agarró por la manga del saco. Yo protesté: —¡Usted no se hace cargo de mi posición! — exclamé indignado. Yo soy el que le vigila a él, él es la persona sospechosa. ¡Soy uno de los suyos! ¡Soy "detective"!

—¿Qué? cállese — dijo brutalmente el vigilante — ya le ajustarán a usted las cuentas por hacerse el "detective" — añadió. — Puede irle con esos cuentos al oficial de la comisaría. Yo no tengo que entender sus historias.

Y para mayor humillación, fuí conducido por las calles, seguido de una multitud burlona, yendo a parar a la comisaría de la calle Frent, donde después de un breve e incomodísimo interrogatorio con el oficial de guardia, fuí encerrado en una estrecha celda, hasta que pudiera encontrar una fianza, la que sólo vino a las 5 de la tarde. Entonces y sólo entonces, fuí puesto en libertad.

Mortificado y enojado, llegué a mi casa, no sin antes haber sorprendido en el camino a mi dependiente, en el acto de partir nueces entre la puerta. Olvidando que todavía llevaba mi peluca y barba rojas, me asombró ver al muchacho arrastrarse y huir en busca de auxilio. No sin bastante dificultad le convencí y entonces me dijo que había llegado una carta para mí a la oficina a eso de mediodía. Rompí el sobre y leí:

"Apreciado señor Hardbabre:

Acabo de descubrir que el ladrón que nos ha ocasionado todas estas molestias, es el muchachito que limpia las botas, quien ha confesado su crimen. El Rev. Jecks es inocente, aunque usted creyera en su culpabilidad "incontestable". Por tanto, no necesito molestarle más por este asunto. — S. S. S. — Jane Dabster."

A la mañana siguiente le mandé mi cuenta en la siguiente forma:

Debe a Evergreen, "detective" particular:

Por seguir a una persona sospechosa, 4 horas, a razón de $ 0.50 la hora	$ 2.—
Por perjuicios morales e intelectuales ocasionados por la prisión en plena calle . . .	„ 5.—
Prisión durante dos horas, a $ 0.80 la hora	„ 1.60
Un bollo	„ 0.10
Total . . .	$ 8.70

Pero de esta cuenta no he tenido nunca la menor noticia.

Fox RUSSELL.

Roberto el Diablo y su leyenda



El castillo de Roberto el Diablo

Roberto el Diablo, víctima inocente de una falta de su madre, nació bajo la influencia infernal. Apenas salido de la infancia comete una serie de actos bárbaros y atroces, y al crecer en edad, sus instintos perversos se desarrollan de un modo espantoso y se hace culpable de los delitos más odiosos. El Papa le excomulga. Su padre le maldice; su madre, más indulgente, procura suavizar aquella naturaleza feroz iniciándole en las leyes de la caballería, pero en el torneo Roberto se entrega a su frenesí sanguinario. Mas un día se hace cargo de las feroces inclinaciones que le dominan, reflexiona, busca el origen de ellas, y cuando lo descubre resuelve huir de sus malos instintos, recurriendo a la ayuda divina. Va a ver al Papa, el cual le envía a un santo ermitaño de las cercanías de Roma, y éste le aconseja una penitencia terrible. Debe fingirse loco y recorrer diariamente la ciudad sufriendo los insultos y los golpes de la plebe sin protestar, y debe fingirse mudo y compartir con los perros los desperdicios que les arrojan.

Roberto acepta la espantosa expiación que dura siete años. Al cabo de este tiempo llegan los turcos a Italia y saquean los alrededores de Roma. Un ángel se presenta entonces a Roberto, le reviste con una celeste armadura y le ordena que vaya a luchar con el enemigo. Roberto obedece con alegría, vuela al campo de batalla y derrota a los turcos.

Durante tres años se hace notar por hazañas de este género, sin darse a conocer. Después de cada victoria el emperador da un gran festín que honra el Papa con su presencia, y al que asisten todos los barones, mientras que Roberto, fingiendo su locura, es blanco de las burlas de los convidados. Nadie sospecha que aquel desgraciado loco es el brillante caballero a quien todos admiran sin conocerle.

Unicamente la hija del emperador, joven y hermosa, pero privada de la palabra, conoce el secreto de Roberto, porque ha presenciado casualmente su entrevista con el angel, y por eso, cuando ve entrar al pobre loco en la sala del festín, le saluda con muestras de profundo respeto. El emperador quiere saber a todo trance quién es el caballero blanco a quien tantas veces debe la victoria, pero Roberto consigue burlar todas las pesquisas. El emperador hace pregonar en sus estados su deseo de recompensar dignamente el caballero de las armas blancas que ha salvado al estado tres veces, rechazando otras tantas al enemigo, y declara su propósito de concederle la mano de la princesa y nombrarle sucesor suyo.

Un pérfido, que ambiciona tan alta recompensa, se presenta, atribuyéndose las hazañas de Roberto, y cuando está a punto de ver su fraude coronado por el éxito, Dios permite que la princesa recobre la palabra y declare la impostura del pretendiente, afirmando al mismo tiempo que el caballero blanco no es sino Roberto el Diablo, el pobre loco de quien se burlan los cortesanos.

Inmediatamente buscan a Roberto y le sientan en un sillón de oro, pero él se niega a romper el silencio, y sólo accede a hablar a instancias del ermitaño que le había aconsejado la penitencia. Entonces confirma las palabras de la princesa y revela a los presentes su nombre, su nacimiento, sus crímenes y su expiación.

Entre los circunstantes hay barones normandos que le buscan hace mucho tiempo. El padre de Roberto ha fallecido, sus parientes más próximos se han apoderado de la herencia; Roberto debe ir a restablecer la paz en su país, pero Roberto se niega, y anuncia que, habiendo salvado su alma, no quiere correr el riesgo de perderla, y va a proseguir su penitencia retirado en un bosque con el ermitaño. El emperador y la corte le acompañan hasta las puertas de la ciudad, y después de muchos años muere como un santo.

Hasta aquí la leyenda, o mejor dicho, una versión de la leyenda popularizada en Francia durante el siglo XIII, pero ¿quién fué Roberto el Diablo? ¿Existió realmente este personaje inmortalizado por Meyerbeer en una de sus mejores óperas.

Los autores del libro de la famosa obra musical se atienen a otra versión de la leyenda medioeval.

Un ser maléfico, un enviado de Satanás, seduce a Berta, hija del duque de Normandía, y de esta unión nace Roberto. Sus excesos indignan a los vasallos y le obligan a huir. Llega a Sicilia, y se hace amar de la princesa Isabel, pero también allí irrita con su insolencia a los caballeros y al mismo padre de Isabel. Cuando va a sucumbir a manos de sus enemigos le salva con valentía un personaje misterioso, el caballero Bertram. Cegado por los consejos de éste, juega, pierde sus riquezas y hasta sus caballos y sus armas en vísperas del torneo en que debe combatir por la mujer a quien ama.

Bertram le propone entonces la conquista de un talismán, de una ramita sacada de las minas de Santa Rosalía, lo cual le permitirá recobrar lo que ha perdido.

Roberto busca de nuevo a Isabel, que, sintiendo la influencia mágica de aquel talismán, tiembla y llora. Cediendo a hermosos impulsos Roberto rompe el talismán y lo arroja a los pies de Isabel pero en el acto queda inerme y débil. Huye Roberto avergonzado, y entonces Bertram descubre a su hija el misterio del nacimiento y le obliga a entregarse de nuevo a él, hasta que al fin se abre la tierra a los pies de Bertram y Roberto I, duque de Normandía, llamado el "Magnífico" o el "Diablo", muerto en Nicea en 1035 que sucedió a su hermano Ricardo III, a quien, según se dice, mandó envenenar, pero la historia difiere bastante de la leyenda.

Desde los comienzos de su reinado, Roberto I tuvo que reprimir las sublevaciones de sus grandes vasallos, obligándoles a someterse y tomando Evreux a su tío, el arzobispo de Rouan. Algún tiempo después el poderoso duque de Normandía restableció en sus dominios a Balduino IV, conde de Flandes, despojado por su propio hijo; más tarde sostuvo a Enrique I, rey de Francia, contra su madre Constanza, y de él recibió la investidura del Vexino, con lo cual dió origen a odios y guerras, y después de otras muchas hazañas resolvió emprender una peregrinación a los Santos Lugares para expiar los extravíos de su juventud. Atravesó Francia e Italia, distinguiéndose en todas partes por su magnificencia; se detuvo mucho tiempo en Roma, ganó a Constantinopla, y de allí marchó a Jerusalén. Al pasar por Nicea, a su regreso, murió envenenado por personas de su séquito, que querían apoderarse de sus riquezas.

Roberto, que no era casado, había tenido con una aldeana de Falaise, la encantadora y sencilla Arleta, un hijo natural, que fué el famoso Guillermo el Conquistador.

LOS VECINOS

El señor Bonifacio, que habitaba encima de mí, en el sexto piso, acaba de marcharse de la casa.

Era un buen vecino. Guardián nocturno del Observatorio, empleaba gran parte del día en otra colocación; yo no sé cuándo dormía. Además, solía pasar sus días de licencia en casa de unos parientes, en el campo; de modo que yo no tenía quejas de él.

Desgraciadamente se ha ido, y otro inquilino vendrá a reemplazarlo. ¿Quién será él? Se sabe lo que se pierde, pero se ignora lo que ha de encontrarse.

El nuevo inquilino ha llegado. Trae un mobiliario miserable, una mujer y ocho niños. Me temo que no sea tan tranquilo como el señor Bonifacio.

El recién llegado trabaja desesperadamente para mantener a su mujer y a sus ocho hijos. Hace y remienda calderas. Es un oficio bastante ruidoso, que ejerce con valor desde las 6 hasta las 19, y no se



interrumpe más que un ratito para almorzar y algunos minutos para cortar a golpes de hacha trozos de madera que alimentan el fuego. Durante este tiempo, su mujer cose a máquina.

Yo sufro, con este tratamiento acústico, insoportables dolores de cabeza.

Me he ido a quejar al encargado. Una hora después, recibía sobre el cráneo un gran trozo de yeso desprendido del techo. Era la respuesta a mi reclamación, fielmente transmitida a los vecinos de arriba por el portero de la casa.

Sin duda tendré que mudarme. Pero esto me contraría mucho, porque tengo mucho apego a mi departamento. He nacido en él y me parece, además, muy ventajoso y cómodo.

¡Dios mío, qué dolor de cabeza!

Decididamente, la sola idea de mudarme de casa me da calofríos. He tomado, pues una resolución heroica. He ido a visitar al calderero y le he dicho:

—Mi estimado vecino: yo soy entusiasta por los caldereros sobre todo cuando tienen que mantener a su esposa y a ocho hijos; de modo que deseo hacer algo por usted. Permítame que ponga a su disposición un galponcito en un barrio animado; allí podrá usted trabajar más a gusto y con mejor éxito que en un sexto piso. Esta oferta, cuyo fin humanitario salta a la vista, es la consecuencia de un coto.

El vecino se ha apresurado a decir que sí y que muchas gracias. Así, mediante un poco de ingenio y algunos sacrificios pecuniarios, he reemidado una situación deplorable.

Pero ¡ay!, no he logrado sino cambiar de molestia.

Todas las mañanas, desde que el calderero se marcha para trabajar en su galpón, sus ocho hijos se levantan y aprovechan la falta de vigilancia paternal y el cosido a máquina de la mamá, para correr, saltar, aullar y agitarse como demonios.

Hacia las ocho de la noche vuelve el calderero escucha las quejas de su mujer y empieza a castigar a los niños. Este punto del programa no termina antes de media noche.

Quizá mediante algún sacrificio nuevo podría obviar este inconveniente. Voy a ofrecer a mi vecino una hermosa alfombra, una de esas alfombras gruesas en



que se hunde uno casi hasta las rodillas, por decirlo así. De este modo, por mucho que se revuelque y patee la chiquillería, el ruido no llegará hasta mí.

Mi astucia no ha tenido gran éxito. Bajo el pretexto de que la alfombra recuerda un prado de césped, los ocho hijos del calderero han recurrido a juegos campestres como el football, las barras, la pelota y el salto. Las paredes retumban y mi dolor de cabeza sigue en aumento.

Aun se me ocurre un medio de conquistar mi tranquilidad: un último medio,



pero vacilo en adoptarlo, porque se requiere un sacrificio pecuniario demasiado fuerte.

¿Qué le vamos a hacer? El sacrificio está consumado. He puesto a los ocho hijos del calderero en un colegio de internos a mis expensas. Esto me cuesta muy caro; pero me permitirá vivir tranquilo en el departamento que me ha visto nacer.

¡Fatalidad! El calderero ha partido. Ahora que está desembarazado de sus ocho monigotes, el departamento del sexto le resulta demasiado grande y ha tomado una pieza no sé dónde.

Ha sido inmediatamente reemplazado por una señora viuda, con catorce hijas, todas las cuales trabajan asiduamente en el piano, para adelantr en el conservatorio.

Mañana mismo viene el carro de mudanzas para llevarse mis efectos.

BERNARDO GERVAISE.



Casos Notables de Amistad en los Animales

El profesor Wesley Mill, en un interesante y luminoso trabajo, resultado de un estudio profundísimo acerca de la inteligencia de los animales, consigna un caso verdaderamente extraordinario y convincente para los que aun dudan de que existe amistad entre los animales. El protagonista es un perro, gran amigote de los caballos de cierta casa. Los dueños notan que de la huerta faltan cada vez más zanahorias; acechan al ladrón, y en vez de presentarse un malhechor, ven llegar al citado perro, escarbar, sacar la raíz y llevársela corriendo a los caballos. El caso es aún más notable si se tiene en cuenta que las zanahorias no son bocado que excite la gula de los canes, por cuya razón da mucho que pensar el por qué este perro supo que lo que a él le era indiferente, podía servir de obsequio a sus amigos los caballos. Indudablemente, el perro obraba con conocimiento de causa.

Lo que otro observador refiere no puede ser más patético. Un perrito de casta "fox-terrier" era muy amigo de una gata de la casa. La gata tuvo gatitos, pero su dueño acordó quitarle los recién nacidos y enterrarlos en el jardín. La pobre madre estaba desconsalada, lanzando maullidos lastimeros y buscando a su progenie. El perro experimentó una profunda pena al ver a una madre llamando a sus hijos perdidos, y trató de consolarla; pero como no dieran resultado sus halagos, se le ocurrió una idea luminosa que en el acto puso en práctica. Dirigióse más que a paso al jardín; encontró, olfateando, el sitio donde estaban enterrados los gatitos, y después de escarbar un rato, sacó los cadáveres y uno por uno los llevó triunfalmente a su apesadumbrada amiga. ¿Se puede atribuir exclusivamente al instinto un acto semejante?

Entre otros, se han registrado casos de gatos que partían su comida con otros amigos suyos, no obstante tener los mininos fama de ser muy egoístas.

En el Jardín Zoológico o Casa de Fieras de Londres, se ha visto a un mono partir un plátano en tres trozos iguales y repartirlos entre él y dos compañeros de raza.

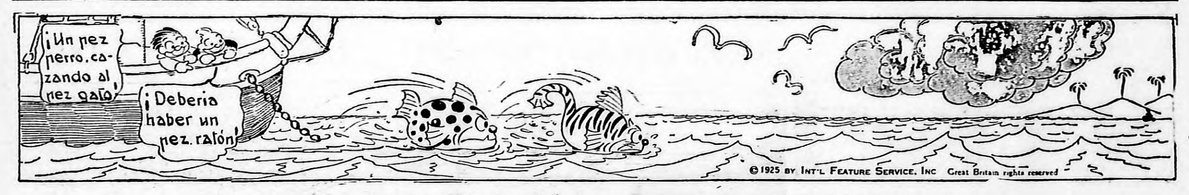
La amistad existe también en los cerdos. Uno que por casualidad entró en una huerta donde había frutos excelentes para su gusto, en vez de ponerse a comer tranquilamente, salió corriendo y al poco rato tornó acompañado de varios congéneres. Carlos Dickens vió en Hungerford un cuervo que acostumbraba llevar huesos a un perro que tenía una pata rota.

En el camino de Lucknow a Seetapore se observó otro caso de inteligencia y amistad animal. Un elefante que con otros varios marchaba cargado de un punto a otro, se quedó cojo y le costaba mucho trabajo seguir a sus compañeros. Otro elefante que venía detrás y notó lo que le ocurría, empezó a quitarle con la trompa parte de la carga para que pudiese caminar más cómodamente.

Cierto borrico altruísta descubrió que podía abrir la puerta del prado o campo donde sus amos le soltaban para que apacentase, y no contento con que toda la hierba fuese para él, salió del cercado y se fué en busca de tres amigos; una yegua, una burra y un borriquillo añojo a los cuales reunió y condujo al lugar donde podía ofrecerles un banquete.

Un "oppossum" de Australia, que fué llevado de pequeño a Inglaterra, entabló muy buenas relaciones con un perro de la casa. El "oppossum" es un animal parecido al gato, y como éste muy cuidadoso del aseo. Pues bien: todos los días, después de acabar sus abluciones iba en busca del perro, y cogiéndole el hocico con las dos manos, le lavaba toda la cabeza lamiéndole con gran ahinco. En este caso es de admirar tanto el capricho del "oppossum" como la paciencia y cortesía del can, que se sometía pacientemente a la operación en vez de ahuyentar a su caprisoso camarada, pues sin duda éste hacía aquello en prueba de amistad.

Los precitados casos de altruísmo animal son argumentos en contra de la opinión de algunos, que insisten en creer que todo cuanto hacen los animales es instintivo. También es prueba contraria a dicha opinión la capacidad que los animales tienen para fingir y jugar con algunos objetos. ¿Quién no habrá visto un gato jugar con un corcho o con un ovillo de hilo, acometiéndole ferozmente como si fuera un ratón? ¿Y quién no ha presenciado alguna encarnizada lucha de perros y resultar después que todo era fingido y de juego?



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

UNA TARDE DE PESCA























